

§ 300

Plenitud total

APARTADO 1.º

LA NUEVA HUMANIDAD

1. *Su carácter cristológico*

Aludamos una vez más al motivo fundamental del NT: El individuo sólo llega a plenitud en la resurrección de los muertos y por la plenitud de la comunidad humana. Resurrección de los muertos y plenitud de la comunidad tienen significación causal para el hombre particular. La causalidad existente en estos dos acontecimientos obra por anticipado, pero sólo desarrolla sus energías últimas cuando ocurra tales sucesos. La resurrección de los muertos y la plenitud de la comunidad están además, por su parte, en estrecha relación, ya que sólo la resurrección de los muertos y el paso por el juicio final hacen que la historia humana y la humanidad en cuanto totalidad lleguen a su meta. Entonces a la comunidad de los que durante su vida histórica se dirigieron consciente e inconscientemente a Cristo y pertenecieron a la generación de los que buscan y aman a Dios, les será concedida por el Padre la forma existencial del cielo, y a la sociedad de los pecadores y renegados la forma existencial de la condenación. El individuo participará de su propia bienaventuranza o desventura individual como miembro de la comunidad. Mientras no hayan ocurrido la resurrección de los muertos y la plenitud de la comunidad la felicidad del individuo no tendrá su figura perfecta.

La razón de esta tesis está en que los hombres constituyen, según el testimonio de la Escritura, una unidad indestructible en la culpa y en la salvación. La causa y a la vez el símbolo de la comunidad en la culpa es Adán. La causa y forma figurativa de la comunidad en la salvación es Jesucristo. Según San Pablo, por un hombre vino el pecado al mundo y por el pecado la muerte; y por un hombre llegó la salvación para todos (*Rom. 5, 12-18*). La razón más profunda de esta unidad es, por tanto, cristológica. En Cristo fueron reunidos en unidad los hombres enemistados por el egoísmo

y el odio. En El fueron unidos los judíos y gentiles en un solo pueblo de Dios. Este existe como cuerpo de Cristo, según hemos visto en el *Tratado de la Iglesia*. Cristo es la Cabeza de este Cuerpo que se manifiesta en el pueblo de Dios. Aludamos aquí a un testimonio del Apóstol San Pablo sobre la función unificadora de Cristo y de su obra. En la *Epístola a los Efesios* escribe el Apóstol (2, 11-21): “Por lo cual, acordaos de que un tiempo vosotros, gentiles según la carne, llamados incircuncisos por la llamada circuncisión que se hace en la carne, estuvisteis entonces sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, extraños a la alianza de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo; mientras que ahora por Cristo Jesús lo que un tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo, pues El es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad, anulando en su carne la ley de los mandamientos formulada en decretos, para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, y estableciendo la paz, y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la Cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad. Y viniendo les anunció la paz a los de lejos y la paz a los de cerca, pues por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu. Por tanto, ya no sois extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Espíritu.” El Apóstol usa incluso la fuerte expresión de que los cristianos son uno en Cristo (*Gal.* 3, 28). Los cristianos están bajo la influencia de Cristo. Viven en su ámbito de acción. Su muerte y resurrección ejercen su poder sobre ellos. Pero también los no pertenecientes a la comunidad de la Iglesia son alcanzados por sus fuerzas de bendición. El vínculo unificador es el Espíritu Santo, amor personal de Dios. Cfr. vol. IV, § 169 a, y § 170.

Mientras dura la historia humana hay un espeso velo sobre la comunidad de los hombres con Cristo y su comunidad entre sí en ella fundada. Cristo es, en efecto, invisible. Vive en la gloria del Padre. La comunidad de los fieles tiende, sin embargo, a que su relación con Cristo y la relación de Cristo con ella se manifiesten públicamente algún día, a que salga visible a la luz y todos sepan quién es su Cabeza y de quién es Cuerpo. A ellos se dirige tam-

bién la actividad del Señor resucitado. La *dynamis* propia de su resurrección tiende a que los hombres unidos con Cristo sean transformados conforme al modelo de Cristo, a que la existencia resucitada de Cristo se extienda sobre los cristianos sin destruir por ello su individualidad. Sólo así se cumple el *leit-motiv* de la teología paulina: Como Cristo, así el Cristiano. El carácter de Cabeza de Cristo es, por tanto, la razón de la existencia resucitada de los cristianos. Sólo cuando esto ocurra, se integrará en cierto modo Cristo crucificado en el *Cristus totus* de que habla San Agustín. Sólo los resucitados son la anteplenitud de Cristo. Sólo en ellos llegan Cristo y su obra a la plenitud de su ser y sentido.

Si la resurrección representa el modo de la plenitud, el pueblo de Dios constituye el campo de esa plenitud. Sus miembros y todos los que están abiertos a la acción de Dios (§ 177 a) son la meta a la que se dirige la dinámica de la resurrección de Jesucristo. Sólo cuando el último de los predestinados sea configurado a imagen de Cristo, Señor del pueblo de Dios (*Rom.* 8, 29), se realizará el sentido de este pueblo en su figura definitiva. El pueblo de Dios entrado en la gloria por la resurrección se manifestará como pueblo de Cristo, como pueblo del Señor sellado por la muerte y la resurrección.

2. Testimonio de la liturgia

El carácter cristológico de la figura última de la plenitud del individuo, en cuanto miembro de la comunidad resucitada, es atestiguado de múltiples modos por la liturgia. En numerosos textos se expresa que la plenitud es un proceso y un estado social. Se dice, por ejemplo, en la misa de mártires durante el tiempo paschal: "Haz, Señor Dios nuestro, que, así como nos alegramos celebrando en el tiempo las fiestas de tus santos mártires, así nos regocijemos eternamente en su compañía." Al administrar la extremaunción reza la Iglesia sobre el enfermo: "Sal, alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre Omnipotente que te creó; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció; en nombre del Espíritu Santo, cuya gracia se derramó sobre ti; en nombre de la gloriosa y Santa Madre de Dios, María; en nombre de San José, ínclito esposo de la misma Virgen; en nombre de los ángeles y arcángeles, en nombre de los tronos y dominaciones, en nombre de los principados y potestades, en nombre de las virtudes, querubines y serafines, en nombre de los patriarcas y pro-

fetas, en nombre de los santos apóstoles y evangelistas, en nombre de los santos mártires y confesores, en nombre de los santos monjes y ermitaños, en nombre de las santas vírgenes y de todos los santos y santas de Dios.”

La Iglesia invita en su oración a los santos para que acompañen el alma del que pronto va a ser glorificado: “Te encomiendo, carísimo hermano, a Dios Omnipotente, al mismo que te ha creado, para que después que hayas pagado con la muerte la deuda común de los hombres, vuelvas a tu creador, que te formó del cieno de la tierra. Cuando tu alma se separe del cuerpo, sálganle al encuentro las brillantes jerarquías de los ángeles, venga a encontrarte el senado de los apóstoles, jueces de las tribus de Israel; salga a recibirte el triunfante ejército de los generosos mártires; esté alrededor de ti la resplandeciente multitud de los confesores; recíbase el alegre coro de las vírgenes, y en el seno del feliz descanso seas estrechamente abrazado de los patriarcas. San José, dulcísimo patrono de los moribundos, te anime con gran esperanza. La Santa Madre de Dios, María, vuelva benigna a ti sus ojos. El rostro de Jesucristo se te manifieste benigno y placentero, que te indique ser del número de los que continuamente asisten en su presencia. Nada sepas de cuánto horrorizan las tinieblas, de cuánto rechinan las llamas ni de cuánto afligen los tormentos. Ríndasete el ferocísimo Satanás con sus ministros; a tu llegada al juicio, viéndote acompañada de los ángeles, se estremezca y huya el insufrible caos de la noche eterna. Levántese Dios, y sean disipados sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecieron. Desvanézcense como el humo, como la cera se derrite al fuego, así perezcan los pecadores a la vista de Dios, y los justos se alegren como en un convite en la presencia de Dios. Sean, pues, confundidas y avergonzadas todas las legiones infernales, y los ministros de Satanás no se atrevan a impedirte tu camino. Líbrete de los tormentos Jesucristo, que se dignó padecer muerte por ti. Establézcate Jesucristo, Hijo de Dios vivo, en los vergeles siempre amenos del Paraíso y como verdadero Pastor te reconozca entre sus ovejas. El te absuelva de todos tus pecados y te coloque a su diestra en la suerte de los escogidos. Veas cara a cara a tu redentor y, estando siempre en su presencia, mires con dichosos ojos la verdad manifiesta. Establecido, pues, entre el ejército de los bienaventurados goces de la dulzura de la contemplación divina por los siglos de los siglos.” Cuando el enfermo ha cerrado los ojos a este mundo para abrirlos al otro, reza la Iglesia: “Ayudad, santos de Dios; salid al encuentro, ángeles de

Dios, y recibid el alma de éste, presentándola ante Dios, el Altísimo.”

En la misa del día de Todos los Santos se reza: “Aplácate, Señor, por nuestra humilde imploración a favor de las almas de tus siervos y siervas, por quienes te ofrecemos este sacrificio de alabanza, para que te dignes recibirlo en la comunidad de los santos” (secreta); cosas semejantes se rezan en la oración de la misa del sepelio, en el sepelio mismo, en el ordinario de la misa de difuntos y sobre todo en las oraciones por obispos y presbíteros difuntos, por parientes y bienhechores. En el Oficio dice todos los días la Iglesia (2.º nocturno): “Llévenos el rey de los ángeles a la comunidad de los ciudadanos celestes.”

Sobre el derecho y los límites de las “pruebas” litúrgicas dió una explicación el Papa Pío XII en las encíclicas *Mediator Dei* y *Humani Generis*: La liturgia, como manifestación de la vida de la Iglesia, no se interpreta a sí misma, sino que necesita ser interpretada por el magisterio eclesiástico.

3. Testimonio de los Padres y de los teólogos

Este hecho era evidente para la antigüedad cristiana y para la Edad Media. Gregorio de Nyssa dice en su explicación de las palabras: “Después será sometido el Hijo mismo” (PG 44, 1316-1321):

“Cuando sea sometido el Hijo... Cuando seamos liberados del mal a imitación de nuestro fruto primero, Cristo, toda la naturaleza humana se mezclará con este fruto primero y constituirá con ella un cuerpo continuo; entonces sólo habrá bien. Y como todo el cuerpo de nuestra naturaleza se mezclará a la naturaleza divina e incorruptible, también por nosotros se cumplirá lo que la Escritura llama sometimiento del Hijo y lo que se cumple en su cuerpo y está referido a El mismo, porque es El quien obra en nosotros la gracia del sometimiento... Y así los recibe a todos en sí mismo y los reúne en la comunidad de su cuerpo y los hace miembros de su cuerpo, de forma que son muchos miembros, pero un solo cuerpo. Al unirnos así con El y unirse así con nosotros y convertirse en uno con nosotros se concede a sí mismo como nuestro. Pero nuestro mayor bien será precisamente que nosotros seremos sometidos a lo divino. Esto ocurrirá cuando toda la creación constituya una armonía única..., cuando se haya convertido en un único cuerpo y todas las cosas se unan entre sí por el sometimiento. Entonces preferirá a sí mismo el sometimiento de su cuerpo al Padre..., pero este cuerpo, como ya hemos dicho muchas veces, es toda la naturaleza humana. Por esta razón el Señor es llamado por San Pablo mediador entre Dios y los hombres. Pues El, que permanece en el Padre y se hizo hombre cumple la mediación uniendo a todos en sí y por sí con el Padre,

como dice el Señor al Padre en el Evangelio: "Como Tú estás en Mí y Yo en Ti, que ellos sean uno en Nosotros." Con ello demuestra claramente que causa nuestra unión con el Padre uniéndonos a El, mientras El mismo es uno en el Padre. Pero también las siguientes palabras concuerdan con esto: "Yo les he dado la gloria que Tú me diste." Pero esta gloria, en mi opinión, no es más que el Espíritu Santo que El comunicó a los Apóstoles alentando sobre ellos. Pues lo que está separado no puede ser unido de otra manera que por la conjunción en la unidad del Espíritu. Pues quien no tiene el Espíritu de Cristo no es de El. Pero el Espíritu es la gloria, según dice Cristo al Padre en otro lugar: "Glorifícame con la gloria que tuve ante Ti desde el principio, antes de que existiese el mundo"... Y nada hay anterior al mundo, aparte del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y así dice: "Les he dado la gloria que Tú me diste, para que ellos por ella, el Espíritu, sean unidos conmigo y, a través de Mí, contigo." (Cfr. Gregorio Nacianceno, *IV homilía teológica*, cap. V (PG 36, 108.)

San Agustín nos ofrece textos amplísimos. Fueron citados abundantemente en el *Tratado sobre la Iglesia*. Vamos a ofrecer ahora algunas breves muestras. En la obra *Enchiridion* (cap. 57; PL 40, 258-59) escribe el Padre de la Iglesia: "El recto orden en la exposición de la fe exige que después de la Trinidad se trate de la Iglesia, lo mismo que se habla de la casa después de hablar de los habitantes y del templo después de hablar de Dios. Vamos a tomarla aquí en su totalidad; no sólo en la parte que peregrina sobre la tierra, alabando al Señor desde la salida hasta la puesta del sol y cantando el nuevo cántico después de la vieja prisión, sino también en la parte que desde el momento de su fundación está adherida a Dios en el cielo y que no estuvo implicada en su caída. En los santos ángeles persevera esta parte y asiste magnánimamente a su otra mitad que peregrina lejana, pues ambas deben formar juntas una sola en la común posesión de la eternidad, del mismo modo que ahora son una en el vínculo del amor y fueron fundadas como unidad para alabanza del Dios uno." Un texto de la *Explicación de la Epístola a los Gálatas* (PL 35, 2153) dice: "Todo somos uno en Cristo. Y si ya la fe por la que avanzamos por el camino de esta vida hace tal milagro, cuánto más perfectamente culminará esta unidad la contemplación cuando veamos a Dios cara a cara." Ya antes de San Agustín, San Hilario había explicado en su *Exposición del salmo 47* (núm. 4): "Los justos, unánimes en la alegría celeste, son bienaventurados en la comunidad del júbilo celestial." San Gregorio Magno dice en las *Homilias sobre Ezequiel* 11 (1, 5; PL 76, 978): "La ciudad celestial está constituida por la reunión de los santos ciudadanos." San Beda el Venerable, en su obra *De Tabernáculo et vasis eius* (II, 13; PL 190, 457), llama a

la vida eterna del futuro eón la alegría de la comunidad paternal. San Ildefonso de Toledo dice, como muchos antes y después de él, que la perfecta ciudad celestial es la familia redimida por el Señor Jesucristo y que representa un cuerpo único constituido por ángeles y hombres (*De cognitione baptismi*, prólogo (PL 96, 111). Balduino de Canterbury dice en el *Tratado sobre la vida monacal* (PL 204, 554-56, 562):

“Guárdame, Señor, del pecado mortal, ante el que tengo mucho miedo; del odio de tu amor, de que peque contra el Espíritu Santo que es el amor y la unión, la unidad, la paz y la concordia; que no me aparte de la unidad de tu espíritu, de la unidad de tu paz, ni cometa los pecados que no se perdonan ni en este mundo ni en el otro. ¡Guárdame, Señor, entre mis hermanos y entre mis amigos para que anuncie la paz que procede de Ti! ¡Consérvame, Señor, en medio de quienes conservan el espíritu en el vínculo de la paz!

”Amadísimos hermanos: quiero observar y explicar cuidadosamente todo lo que pertenece a la vocación de nuestra vida común; conservando la unidad del espíritu en el vínculo de la paz por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunidad del Espíritu Santo. Del amor de Dios procede la unidad del Espíritu; de la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el vínculo de la paz; de la comunidad del Espíritu Santo, la comunidad que es necesaria a los que viven unidos para la vida realmente comunitaria...

”Pero esta unidad que obra en nosotros el amor de Dios es conservada en el vínculo de la paz por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Pues El es nuestra paz, que hizo de dos una sola cosa, en cuyo nacimiento cantaron los ángeles: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.” Y antes de su ascensión habló a sus discípulos: “Mi paz os dejo, mi paz os doy.” Pero ¿qué es esta paz que nos da Cristo en cuya noche de paz es concedida la unidad del espíritu? No es otra cosa que el amor recíproco, por el que nos amamos unos a otros y que no se destruye si todos hablamos el mismo lenguaje y no ocurren escisiones entre nosotros. A ello nos amonesta el bienaventurado Pedro: “Pero, sobre todo, amaos siempre unos a otros.” Y ¿qué es este amor recíproco, sino el amor que a la vez es mío y tuyo, de forma que yo tengo que hablar de él al otro que amo? Pues si yo te amo y tú no me amas, o si tú me amas y yo no te amo no es amor recíproco, ya que éste es común y no carece de la comunión del amor. Y si este amor es recíproco tiene que ser también permanente, porque de lo contrario no es el vínculo de la paz.

”Esta es, pues, la ley de la vida común: la unidad del espíritu en el amor de Dios, el vínculo de la paz en el recíproco y continuo amor a todos los hermanos, comunidad en todos los bienes comunicables, con lo que toda ocasión de tener algo para sí sólo está muy alejada de nuestro santo estado. Para que realicemos esto y permanezca en nosotros, que somos un solo corazón y una sola alma y poseemos en común todas las cosas, sea con nosotros la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y el amor y la comunidad del Espíritu Santo. Amén.

"Creo, Señor, en el Espíritu Santo, creo en la Santa Iglesia Católica y en la Comunión de los Santos. En esto está mi esperanza, en esto mi confianza, en esto está mi seguridad, aunque todavía pequeña al profesar mi fe: En la bondad del Espíritu Santo, en la unidad de la Iglesia Católica y en la Comunidad de los Santos. Si se me concedió desde arriba la gracia de amarte y amar a mis prójimos, aunque mis méritos son pequeños, llevo una gran esperanza en mí que trasciende mis méritos; confío en razón de la comunidad del amor, en que los méritos de los Santos redunden en mi provecho por la Comunidad de los Santos, para contrapesar mis insuficiencias y mi imperfección. Me consuela el profeta con sus palabras: "Vi el fin de toda plenitud y tu precepto era infinitamente amplio. ¡Oh amplio y amplificador amor, cuán grande es tu casa y cuán enormes los dominios de tu posesión!"

"No nos hagamos estrechos y asustadizos en nuestro interior. No nos limitemos a los límites de nuestra tan pequeña justicia. El amor amplifica nuestra esperanza hasta la Comunión de los Santos como comunión de méritos y de recompensa. Pero esta comunidad de recompensa pertenece al mundo futuro, es la comunidad de la gloria que se revelará en nosotros.

"Hay, pues, tres comunidades: la comunidad de la naturaleza, en la que nos ha reunido la comunidad de culpa y la comunidad de ira; la segunda, la comunidad de gracia; la tercera, la de la gloria. Por la comunidad de gracia empieza ahora a ser restablecida la comunidad de naturaleza y excluida la comunidad de culpa; pero por la comunidad de gloria será totalmente restablecida la comunidad de naturaleza y plenamente excluida la comunidad de ira, cuando Dios seque todas las lágrimas de los ojos de los Santos. Entonces todos los Santos harán un solo corazón y una sola alma y todo será común a todos cuando Dios sea todo en todas las cosas. Y para que lleguemos a esta comunidad y todos nos reunamos en uno, sea con nosotros la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunidad del Espíritu. Amén."

Poco antes (*PL* 240-550) llama a los salvados "la más feliz comunidad de los superiores ciudadanos que viven unos con otros". En la misma dirección apunta una carta de Adelman de Brescia a Berengario sobre el crecimiento del cuerpo de Cristo (edit. por R. Heurtevent, 1912, 298-302, en Lubac, *o. c.*, 376-79:

"Creemos en el corazón y confesamos con la boca que el invisible poder de Cristo, actuando por medio del oficio visible del sacerdote, constituye del pan material el verdadero cuerpo de Cristo. Creemos también que todos los renacidos del agua y del Espíritu Santo al recibir este manjar son incorporados a Cristo mismo..., pues el Apóstol dice: "Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, a pesar de su pluralidad, constituyen un solo cuerpo, así ocurre también con Cristo." Y éste es evidentemente el varón de que San Pablo habla en alguna parte cuando dice: "Hasta que alcancemos la plenitud del varón adulto." No dice, en efecto, "los varones perfectos", sino "el varón perfecto". En este varón está la cabeza del que nació de la Virgen María y murió y resucitó; y los miembros son los elegidos desde el comienzo del mundo hasta su final.

"Ahora bien, lo mismo que en la cabeza de nuestro cuerpo tienen su asiento todos los sentidos y la razón misma, mientras que el cuerpo restante sólo tiene el sentido del tacto y cada miembro tiene que desempeñar su propio oficio, del mismo modo habla también el Apóstol del que es nuestra cabeza. "En El—dice—están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia." Y otra vez: "En El habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad." Y como para corroborar esta comparación, había escrito poco antes: "El mismo es la Cabeza del cuerpo de la Iglesia." De modo análogo habla San Pablo de los miembros: "A cada uno de nosotros le fué concedida la gracia según la medida de los dones de Cristo." Y sobre sí mismo, que ciertamente era auténtico miembro de esta Cabeza, dice: "Para cumplir en mi carne lo que reste todavía a la pasión de Cristo", llamando pasión de Cristo a la que él mismo tiene que sufrir. Cristo padeció, por tanto, en Pablo; Cristo fué crucificado en Pedro, y Pedro y Pablo fueron en Cristo ciudadanos del cielo. "Nuestra patria—dice San Pablo—está en el cielo." Y en otro lugar, con esperanza todavía más manifiesta: "A todos nosotros nos ha resucitado y hecho sentar en el cielo con Cristo." Es admirable. Todavía es castigado sobre la tierra por el ángel de Satanás, y, sin embargo, se gloria de haber resucitado y estar sentado con Cristo en el cielo. Pero dice esta en razón de la unidad que hay entre todos los miembros unidos, tal como explica con más claridad en otro texto: "Si un miembro padece todos los miembros padecen con él y si un miembro es glorificado todos los miembros participan de su alegría."

"El Señor ha dado la misma doctrina en el Evangelio. De hecho cuando dice: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos", o: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere se queda solo, pero si muere da mucho fruto", ¿qué quiere expresar con esas parábolas, sino la unión de todos los miembros? El mismo se dignó dársela por una bondad tan grande, que les hizo partícipes de su propia gloria...

"Al mismo objeto parece referirse también la visión del rey Nabucodonosor; vió una piedra pequeña—era Cristo—que se desgarró de un monte sin intervención de mano humana—pues Cristo fué engendrado sin semen humano—y creció hasta convertirse en un gran monte que cubría toda la tierra. Separada del monte, creció esta piedra hasta convertirse ella misma en un monte, porque este cuerpo, que primero fué sólo una parte pequeñísima del género humano, creció gracias al número de los creyentes que afluyen hacia ellos de todas las partes hasta llegar a dimensiones enormes y no deja de crecer hasta el fin del mundo, hasta que llene toda la tierra.

"Este cuerpo está, por tanto, glorificado plena y totalmente en su cabeza. Está también en algunos miembros, de los que está escrito: "Se levantaron muchos cuerpos de los Santos que estaban dormidos y que ahora descansan bienaventurados en el cielo." Pero en otros de sus miembros padece todavía, a saber, en aquellos que se mantienen aún en esta vida mortal, que moran en este cuerpo como en una cárcel, gimiendo y anhelando ser liberados para estar con Cristo. Y entre los miembros de este cuerpo enorme y verdaderamente gigantesco—pues con razón se canta de él en el salmo: "Se levantó como un gigante"—se encuentran lejos los que después de haberles sido borrada toda mancha moran en la bienaventuranza celestial y, sin embargo, viven todavía con una esperanza segura en que su bienaventuranza sea aumentada, cuando al fin de los tiempos

sus cuerpos sean finalmente resucitados y sean reformados después para una vida inmortal.

"Tal vez cante el salmista a esta multitud de partes que componen maravillosamente este cuerpo, cuando dice estas palabras en el Espíritu: "La reina está sentada en el trono, a tu derecha, con vestidos de oro, rodeada de muchas joyas." ¿Pues quién otra es esta reina sino la esposa del rey, de la que poco después se dice: "Y el rey deseará tu belleza, pues es el Señor tu Dios?"

"Este rey es su Dios, es su esposo, es su cabeza. Pero ella es su Iglesia. Esclava por naturaleza, fué convertida por la gracia en esposa y cuerpo suyos y ahora se cumple el misterio prometido al comienzo del mundo: serán dos en una sola carne. Está rodeada de la multitud de sus diversos miembros, unos imperando y alegrándose, otros sufriendo, suspirando, en lágrimas y esperando la salvación de su cuerpo. Pero este estado no durará eternamente: sería la más triste suerte. ¿Por cuánto tiempo y hasta cuándo? Mientras el rey esté tendido en su lecho, y ahora vacila, es cierto, pero vendrá seguramente algún día. Cuando aparezca entonces como la vida de la reina, aparecerá también ella junto con él en la gloria. Entonces, finalmente, será recogida por ella su multitud; cuando la muerte sea devorada como en una victoria todo este cuerpo será revestido con la feliz inmortalidad y todos los miembros, configurados a imagen de su cabeza, se alegrarán unánimemente de su honor, que será de cada uno e irradiará de todos a todos. Entonces el Señor Jesucristo entregará el reino a Dios Padre y después de aniquilar todos los príncipes y poderes hará atraer a su presencia a su Iglesia sin mancha y sin arruga ni cosa parecida, y Dios será todo en todas las cosas."

Tomás de Aquino explica en la *Suma contra los gentiles* (libro IV, cap. 50): "El último fin de toda criatura racional consiste en conseguir la gloria que no puede existir si no es en el reino de Dios. Esto no es más que la comunidad ordenada de los que gozan la contemplación de Dios. En ella consiste la verdadera felicidad." Según la *Suma Teológica* (III, q. 8 a. 3 ad 2 um), el último fin al que somos conducidos por la Pasión de Cristo consiste en que la Iglesia sea gloriosa, sin falta y sin mancha. Esto sólo ocurrirá *in statu patriae, no in statu viae*.

4. *El Espíritu Santo y la plenitud*

Lo mismo que dentro de la historia, también en el estado de plenitud la unidad de los bienaventurados, con Cristo y entre sí, será causada y conservada por el Espíritu Santo, amor intradivino y personal, atmósfera amorosa personal o clima personal y celeste de amor. La comunidad de los bienaventurados no puede ser, por tanto, entendida desde el mero punto de vista ético y psicológico,

sino ontológicamente (en sentido accidental). El Espíritu Santo, que es el alma de la Iglesia dentro de la historia, es también el alma de la comunidad de los bienaventurados. Gregorio de Nyssa dice en una *Homilía sobre el Cantar de los Cantares* (15; PG 44, 1116 y siguiente): “Permaneciendo alejados y separados, se convertirán todos en una realidad única, ya que están unidos al único Dios. Todos serán, por tanto, según las palabras del Apóstol, abrazados por el vínculo de la paz, todos serán un cuerpo y un espíritu en la unidad del Espíritu Santo gracias a la única esperanza a la que han sido llamados. Y el vínculo de esta gloria es precisamente la gloria celestial.” Lo mismo que dentro de la historia la actuación del Espíritu Santo en la Iglesia no puede ser separada de la actuación de Cristo, hay que repetir muchas veces que Cristo obra en la Iglesia por medio del Espíritu Santo, también la actividad del Espíritu Santo en la bienaventuranza celestial es una obra que Cristo hace por medio de El. Cristo sigue siendo el mediador entre Dios y los hombres por toda la eternidad. Ejercita su actividad mediadora en el Espíritu Santo.

La comunidad celestial es, por tanto, una comunidad en la que el Espíritu Santo está presente y actuando. Pero esto significa que el Dios trinitario está presente y actúa en ella. La comunidad de los salvados es el lugar en que Dios realiza su vida. Es la unidad de aquellos a quienes Dios ha llamado a participar de su vida trinitaria. Con ello se cumple el ruego de Cristo por la unidad de los que creen en El, al decir: “Que sean uno como nosotros somos uno” (Io. 17, 22).

En su *Explicación de la Epístola a los Romanos* (IV, 9; PG 14, 997), Orígenes explica esta estructura trinitaria de los salvados: “San Pablo llama al Espíritu Santo espíritu de amor. Dios mismo es llamado amor, y su Hijo, el Hijo del amor. Si es así, tenemos que suponer como seguro que de la única fuente de la divinidad paternal proceden tanto el Hijo como el Espíritu y que de la sobreabundancia de esta divinidad es dimanada la sobreabundancia del amor en los corazones de los Santos, para hacerlos partícipes de la naturaleza divina, como enseñó el Apóstol Pedro, a fin de que, por estos dones del Espíritu Santo se cumplan las palabras del Señor: Como Tú, Padre, estás en mí y Yo en ti, sean ellos uno en Nosotros, es decir, sean partícipes de la naturaleza divina en la sobreabundancia del amor derramada por el Espíritu Santo.”

5. *La comunidad celestial como plenitud del reino de Dios*

El hecho de que los salvados del cielo sean penetrados por Dios Trinitario, es decir, por el Padre y por medio de Cristo en el Espíritu Santo, y de que, a la inversa, participen en la vida trinitaria de Dios, es decir, en el intercambio vital del Padre con el Hijo en el Espíritu Santo, indica que la figura plena de la comunidad humana es a la vez la figura perfecta del reino de Dios. Dentro de la historia la Iglesia es, como hemos visto (vol. IV, §§ 174 y 175), el órgano y la manifestación análoga y velada del reino de Dios. Es el instrumento y el lugar del reino de Dios en las formas transitorias de este mundo, en la palabra humana, en el signo sacramental, en los modos de la comunidad humana. Estas formas de existencia son los vasos tomados del mundo para la vida divina destinada por Cristo a los hombres y regalada en el Espíritu Santo. Están en oposición a las formas definitivas del reino de Dios. Estas son definidas por el Cuerpo glorificado de Cristo. Mientras dura el actual eón, la Iglesia está bajo la ley del pecado, del dolor y de la muerte. La profunda transformación que tendrá que ocurrir al fin, tendrá como consecuencia que la Iglesia pierda las formas de existencia pertenecientes a este mundo y sea configurada a imagen del Cuerpo de Cristo, y que sean eliminados de ella el dolor, el pecado y la muerte.

Como esta transformación implica a la vez el fin de los elementos propios y esenciales de la Iglesia—predicación, sacramentos, jerarquía—, surge la cuestión de si la Iglesia no termina al fin de los tiempos. ¿No pertenecen esos elementos tan necesariamente a ella, que al cesar de existir deje de existir la Iglesia? Entonces existiría sólo durante el intervalo que transcurre entre la Ascensión y la vuelta de Cristo. Su existencia acabaría al lograr plenitud el reino de Dios, a cuya realización sirvió. Sin embargo, puede hablarse en cierto sentido de la pervivencia ultrahistórica de la Iglesia, si por Iglesia se entiende la comunidad de los hombres reunidos por Cristo en el Espíritu Santo y llevados hasta el Padre. Si se interpreta así, la Iglesia no sólo no termina al volver Cristo, sino que con la resurrección de los muertos logra su verdadero ser, ya que se revela su ser oculto y se hace plenamente consciente de sí misma.

Sea como sea, es seguro que la comunidad salvada por Cristo es la que logra los fines establecidos por Dios al fin de los tiempos.

La comunidad terrena de la Iglesia que vive hasta el fin de la historia logra, pues, su perfección y plenitud en la comunidad celestial del eón posthistórico. La comunidad terrena es la raíz de la celestial, y ésta la coronación de la terrena. En la plenitud de la comunidad de los cristianos logra su meta toda la comunidad humana, porque toda la humanidad está ordenada a Cristo, su Cabeza, de forma que la Iglesia es importante en el destino de todos: salvadora para quienes orientan a Dios el anhelo y obediencia de su espíritu y condenadora para quienes viven orgullosa y ateamente.

6. *La ciudad de Dios como símbolo de la comunidad celestial*

I. *La ciudad como símbolo.*

En la imagen de la *ciudad celestial* a la que entra la humanidad unida a Dios, testimonia expresamente la Escritura que las promesas se refieren primariamente a la comunidad, y al individuo a través de ella. Pertenecen a la ciudad celestial los llevados al Padre por Cristo en el Espíritu Santo durante la vida terrena. Por eso la Iglesia es también simbolizada en la imagen de la ciudad, como antes vimos. La imagen se refiere tanto a la Iglesia peregrinante como a la Iglesia triunfante. Por eso están ya incluidos en los libros de ciudadanos del cielo los nombres de los que todavía son peregrinos (*Eph.* 2, 19; *Phil.* 4, 30; *Lc.* 10, 20; *Apoc.* 3, 5; 3, 12; 13, 8; 17, 8; 20, 9; 20, 12. 15; 21, 2; *Ex.* 32, 32; *Ps.* 69, 29; *Is.* 4, 3; *Dan.* 12, 1). En el cielo está el Estado de los cristianos (*Phil.* 3, 20). Mientras dura la vida peregrina no se ve esa ciudad; por eso muchos, incluso de los que pertenecen a ella, caminan por esta vida como si no pertenecieran. Construyen sobre lo visible y no sobre lo invisible (*II Cor.* 4, 18). Por eso se dejan seducir cuando les dicen: "Aquí en la tierra está el verdadero Mesías, el auténtico salvador" (*Mt.* 24, 23). Desean un salvador visible. Los verdaderos creyentes construyen para la patria invisible; creer significa dejarse poseer por lo invisible (*Hebr.* 12, 3). Pero la verdadera patria dejará de ser invisible algún día.

La ciudad santa prometida tiene un nombre familiar, el nombre ya conocido de Jerusalén (*Hebr.* 12, 22-24).,

II. *La ciudad santa de Jerusalén.*

No es casual que el monte sea llamado morada de Dios (*Hebr.* 12, 22-24). El monte de Dios desempeña un gran papel en la historia de las religiones. El monte es el símbolo de la sublimidad e inaccesibilidad de Dios. Sobre el monte está, por tanto, el templo, la morada de Dios (*Is.* 8, 15). Véase Stommel, art. "Berg", en *Reallexikon f. Antike u. Christentum* II, 1954, 135-38.

El monte Sión está en la ciudad santa de Jerusalén (Cfr. *Apoc.* 2, 2). Esta es la ciudad prometida por Dios. La ciudad es el resumen de todas las promesas divinas. En la esperanza en la ciudad encuentra el creyente viejotestamentario los ideales de ciudad que tiene la humanidad no cristiana. "Para el hombre antiguo la imagen de la ciudad era expresión de algo supremo. Sobre todo para la mentalidad griega, significaba lo claramente delimitado más que lo infinito y desmesurado. Incluso la totalidad de la existencia no se expresa en el concepto del universo infinito, sino en el de cosmos, que significaba lo bellamente ordenado y formado. Para el griego, la ciudad era más que los países y masas infinitos. La ciudad, en medio del territorio por ella dominado, con sus múltiples construcciones y limitada por la clara línea de las murallas, fuerte y llena de vida; rica en bienes y actividades humanas y a la vez ordenada por una ley justa y sabia..., esta imagen se convierte aquí en expresión del concepto de lo que importa a la fe sagrada: la existencia redimida" (Romano Guardini, *El Señor*, Rialp, 1961, 4.ª edición).

El hecho de que la ciudad lleve el nombre de Jerusalén es una alusión simbólica al hecho de que es Dios quien llena las esperanzas últimas del hombre. En el Apocalipsis San Juan contempla ese cumplimiento en una gran visión. "Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Oí una voz grande, que del trono decía: He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y erigirá su tabernáculo entre ellos, y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos, y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado.

Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas. Y dijo: Escribe, porque estas son las palabras fieles y verdaderas. Díjome: Hecho está. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Al que tenga sed le daré gratis de la fuente de agua de vida. El que venciera heredará estas cosas y será su Dios, y él será mi hijo.

Los cobardes, los infieles, los abominables, los homicidas, los fornicadores, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el estanque, que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte.

Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y habló conmigo y dijo: Ven y te mostraré la novia, la esposa del Cordero. Me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, que tenía la gloria de Dios. Su brillo era semejante a la piedra más preciosa, como la piedra de jaspe pulimentado. Tenía un muro grande y alto y doce puertas, y sobre las doce puertas doce ángeles y nombres escritos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel: De la parte de Oriente, tres puertas; de la parte del Norte, tres puertas; de la parte del Mediodía, tres puertas, y de la parte del Poniente tres puertas. El muro de la ciudad tenía doce hiladas, y sobre ellas los nombres de los doce apóstoles del Cordero.

El que hablaba conmigo tenía una medida, una caña de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. La ciudad estaba asentada sobre una base cuadrangular y su longitud era tanta como su anchura. Midió con la caña la ciudad, y tenía doce mil estadios, siendo iguales su longitud, su latitud y su anchura. Midió su muro, que tenía ciento cuarenta y cuatro codos, medida humana que era la del ángel. Su macero era de jaspe, y la ciudad, de oro puro, semejante al vidrio puro; y las hiladas del muro de la ciudad eran de todo género de piedras preciosas: La primera de jaspe, la segunda de zafiro, la tercera de calcedonia, la cuarta de esmeralda, la quinta de sardónica, la sexta de cornalina, la séptima de crisólito, la octava de berilo, la novena de topacio, la décima de crisoprasa, la undécima de jacinto y la duodécima de amatista. Las doce puertas eran doce perlas, cada una de las puertas era de una perla, y la plaza de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente. Pero templo no vi en ella, pues el Señor, Dios todopoderoso, con el Cordero, era su templo. La ciudad no había menester de sol ni de luna que la iluminasen, porque la gloria de Dios la iluminaba y su lumbrera era el Cordero. A su luz caminarán las naciones, y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria. Sus puertas no se cerrarán de día, pues noche allí no habrá, y llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones. En ella no entrará cosa impura ni quien cometa abominación y mentira, sino los que están escritos en el libro de la vida del Cordero.

Y se mostró un río de agua de vida, clara como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle y a un lado y otro del río había un árbol de vida que daba doce frutos, cada fruto en su mes, y las hojas del árbol eran saludables para las naciones. No habrá ya maldición alguna, y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y llevarán su nombre sobre la frente. No habrá ya noche, ni tendrán necesidad de luz de antorcha, ni de luz de sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos" (*Apoc.* 21, 1-22, 5).

III. *La promesa hecha a Abraham.*

La ciudad contemplada por San Juan es el revés de la ciudad de Babilonia construída por el orgullo, ateísmo y vanidad de los hombres. Babilonia, a su vez, es el recuerdo de la ciudad que quisieron edificar los hombres al principio de su historia para liberar su vida de Dios y como signo de su autonomía (*Gen.* 11, 1-9). Pero los hombres no pudieron construir la ciudad que habían planeado en su rebelde voluntad, sino que fueron dispersados por Dios, y la ciudad inacabada de Babel quedó como símbolo de la desunión y dispersión en que cae la humanidad siempre que se rebela contra Dios; en lugar de la plenitud surge la necesidad; en lugar de la seguridad, la inseguridad; en lugar de la comunidad, la dispersión y soledad, y en lugar de la firme construcción, el montón de ruinas (*Apoc.* 18). Pero el anhelo humano de la ciudad, es decir, de plenitud y seguridad, de sosiego y protección, de comunidad y orden, no es ninguna ilusión; Dios mismo ha prometido tal ciudad.

Hizo la promesa al patriarca Abraham, y Abraham abandonó su patria para buscar lo prometido por Dios, que para él era totalmente desconocido. "Por la fe, Abraham, al ser llamado, obedeció y salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber adónde iba. Por la fe moró en la tierra de sus promesas como en tierra extraña, habitando en tierras, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. Porque esperaba él ciudad asentada sobre firmes cimientos, cuyo arquitecto y constructor sería Dios" (*Hebr.* 11, 8-10). Abraham esperó una ciudad símbolo de todo lo seguro, perduradero y protector. Pero el cumplimiento de la promesa se retardó. La ciudad prometida no apareció; Abraham murió sin verla. También sus hijos y sus nietos bajaron al sepulcro sin poder vivir en ella. Pero no abandonaron su fe. Dejaron que Dios cumpliera sus promesas cuando quisiera. Cada vez se hizo más evidente que Dios no pensaba en su cumplimiento cercano, sino en un tardío cumplimiento, que el último cumplimiento trascendía todas las ciudades e incluso posibilidades de este mundo. "En la fe murieron todos sin recibir las promesas; pero viéndolas de lejos y saludándolas y confesándose peregrinos y huéspedes sobre la tierra, pues los que tales cosas dicen dan bien a entender que buscan la patria. Que si se acordaran de aquella de donde habían salido,

tiempo tuvieron para volverse a ella. Pero deseaban otra mejor, esto es, la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios suyo, porque les tenía preparada una ciudad" (*Hebr.* 11, 13-16).

IV. *La Jerusalén terrena, como Antecumplimiento.*

Pero a la vez Dios concedió a los que no habían dudado de sus promesas, a pesar del aplazamiento, un precumplimiento, una prenda del cumplimiento definitivo; eso eran el templo y ciudad de Jerusalén. Por eso era Jerusalén la ciudad "amada"; era símbolo de la promesa divina (*Ps.* 78 [77], 68; 87 [86], 2; *Apoc.* 4, 1-2). Pero Sión y Jerusalén no eran más que un cumplimiento prometedor; por encima de sí mismas aludían a una ciudad que debía ser resumen de la vida y la riqueza; a una ciudad que está más allá de la tierra. Será una ciudad nueva, invisible, celestial; en ella serán acogidos los pueblos de la tierra (*Is.* 2, 2-5; 11, 5; 14, 32; 18, 7). Su fundamento y piedra angular será el mismo Hijo de Dios encarnado (*Is.* 28, 16; *I Cor.* 3, 10; *I Pet.* 2, 4). Será la Jerusalén "superior", la madre de la verdadera vida libre (*Gal.* 4, 26); de ella viene la luz y la salvación. Isaías pinta esta Jerusalén celestial en vivos colores (*Is.* 60):

"Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz y la gloria de Yavé alborea para ti, mientras está cubierta de sombras la tierra y los pueblos yacen en tinieblas. Sobre ti viene la aurora de Yavé y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán a tu luz, y los reyes, a la claridad de tu aurora. Alza los ojos y mira en torno tuyo: todos se reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas a ancas. Cuando esto veas resplandecerás, y palpitará tu corazón y se ensanchará. Vendrán a ti los tesoros del mar, llegarán a ti las riquezas de los pueblos. Te inundarán muchedumbres de camellos, de dromedarios de Madian y de Efa. Llegarán de Saba en tropel, trayendo oro e incienso y pregonando las glorias de Yavé. En ti se reunirán los ganados de Cedar, y los carneros de Nebayot estarán a tu disposición. Serán víctimas gratas sobre mi altar, y yo glorificaré la casa de mi gloria. ¿Quiénes son aquellos que vienen volando, como nube, como bandada de palomas que vuelan a su palomar? Sí, se reúnen las naves para mí, y los navíos de Tarsis abren la marcha para traer de lejos a tus hijos con su oro y su plata para el nombre de Yavé, tu Dios, para el santo de Israel que te glorifica. Extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servi-

cio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti. Tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán ni de día ni de noche, para traerte los bienes de las gentes con sus reyes por guías al frente; porque las naciones y los reinos que no te sirvan a ti perecerán y serán exterminados. Vendrá a ti la gloria del Líbano, los cipreses, los olmos y los alerces juntamente. Para embellecer mi santuario, para decorar el lugar en que se asientan mis pies. A ti vendrán humillados los hijos de los tiranos, y se postrarán a tus pies todos cuantos te infamaron. Ya te llamarán la ciudad de Yavé, la Sión del santo de Israel. De abandonada que eras, odiada y detestada, yo te haré eterno prodigio, delicia de los siglos. Mamarás la leche de las gentes, los pechos de los reyes, y sabrás que yo, Yavé, soy tu salvador, tu redentor, el fuerte de Jacob. En vez de cobre pondré en ti oro; en vez de hierro, plata; bronce en vez de madera, y hierro en vez de piedras. Te daré por magistrado la paz, y por soberano la justicia. No se hablará ya de injusticia en tu tierra, de saqueo y de ruina en tu territorio. Tus muros los llamarás "salud", y a tus puertas "gloria". Ya no será el sol tu lumbrera, ni te alumbrará la luz de la luna. Yavé será tu eterna lumbrera, y tu Dios será tu luz. Tu sol no se pondrá jamás, y tu luna nunca se esconderá, porque será Yavé tu eterna luz; acabáronse los días de tu luto. Tu pueblo será un pueblo de justos y poseerá la tierra para siempre. Renuevos del plantío de Yavé, obra de mis manos, hecha para resplandecer. Del más pequeño saldrá un millar; del menor, una inmensa nación. Yo, Yavé, lo he resuelto, y a su tiempo yo lo cumpliré."

V. *La Jerusalén terrena como promesa real.*

En esta promesa la Jerusalén terrena es símbolo de una ciudad celestial. El cumplimiento es descrito en imágenes que en su inmediato sentido valen de la Jerusalén terrena, pero que su sentido último no conviene a lo terreno. Entre el antecumplimiento de la divina promesa en Sión y su cumplimiento último está la caída de Jerusalén terrena. Su habitantes, y sobre todo sus círculos dirigentes, olvidaron que ella no podía ser una ciudad como las demás ciudades, que su tarea no era ganar riqueza y poder terrenos, sino proclamar la gloria de Dios en el mundo. Buscaron su propio honor y gloria y vieron en Dios el mero garante de su seguridad terrena en lugar de ver el Señor que podía disponer de ellos. Fueron, por

tanto, infieles al sentido de su existencia. Con su piadosa autocomplacencia y vanidad mataron al que debía traer la plenitud de la vida a la ciudad, porque intranquilizaba la autonomía de ella. Cristo murió fuera de la ciudad. Esto tiene una profunda significación simbólica. La muerte de Cristo no sirvió para mantener la ciudad que quiso dominar como los emperadores del mundo, que se encontró satisfecha de sí misma. Matando al Hijo del Hombre, Jerusalén mereció la muerte. Tenía que perecer como todos los enemigos de Dios. Debido al asesinato del Hijo del Hombre, Jerusalén se convirtió en lugar de salvación, pero a la vez se hizo patria del ateísmo. Ya no es la ciudad santa, sino una nueva Sodoma, un nuevo Egipto. Sodoma es el símbolo de la depravación, Egipto es el modelo del ateísmo (*Is.* 1, 9; 3, 9; *Ezq.* 16, 44-49; *Sab.* 19, 13-17; *Apoc.* 11, 8). El peso de depravación y odio a Dios que cargaron sobre sí estas dos ciudades, llegó al punto culminante en Jerusalén. La ciudad no cayó por casualidad, sino según leyes ineludibles.

Sin embargo, aunque la Jerusalén terrena desapareció, porque fué infiel a la misión que Dios le había asignado, las promesas que Dios vinculó a la ciudad no desaparecieron. Fueron conservadas en el cielo, y desde allí es regalado a la hora determinada por Dios lo que la Jerusalén terrena desaparecida ya no puede dar. Dios mismo satisfará el anhelo humano de ciudad, es decir, de plenitud y seguridad vital, de orden y poder, de luz y sosiego. Los hombres serán hechos partícipes de estos bienes no desde la tierra, sino desde el cielo. San Juan contempla todo esto en la visión de la Jerusalén celestial que desciende sobre la tierra (*Apoc.* 21, 2. 10). De la Jerusalén celestial, cuyo símbolo era la terrena, vendrá la salvación (*Apoc.* 14, 1; *Ioel* 3, 5; *Mat.* 18, 20; 28, 20; *Io.* 14, 18; *Ps.* 2, 6; 48 [47], 2 y sigs.; 110 [109], 2 y sigs.).

VI. *La Jerusalén celeste presente y futura.*

Quienes creen en Cristo participan, como vimos, veladamente de la vida de esa Jerusalén celestial, de la ciudad santa fundada por Dios mismo. Tanto pertenecen a la ciudad celeste que el cielo es su verdadera patria y la tierra es un lugar extraño para ellos. En el cielo están sus moradas (*Io.* 14, 2-3); mientras viven en la tierra viven los años de viaje (*Apoc.* 21, 4); son extraños entre los habitantes de la tierra, es decir, entre quienes sólo conocen y desean la vida de la tierra (*Apoc.* 6, 10; 8, 13; 11, 10; 13, 12. 14).

Siempre sentirán dolorosamente su suerte de extranjeros, mientras vivan esta vida terrena (*I Pet.* 1, 1; 1, 17).

Durante la vida terrena viven como en tiendas, en moradas ligeramente construídas y frágiles. La tienda sólo ofrece una escasa protección contra los peligros y el mal tiempo. Pero la morada en tiendas será algún día sustituída por una casa sólidamente construída en la ciudad celestial. Este cambio es un acontecer doloroso, pues se llama muerte. En ella el hombre es despojado de la vida terrena y revestido de la celestial. San Pablo escribe a los corintios (*II Cor.* 5, 1-4): "Pues sabemos que, si la tienda de nuestra mansión terrena se deshace, tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por mano de hombre, eterna, en los cielos. Gemimos en esta nuestra tienda, anhelamos sobrevestirnos de aquella nuestra habitación celestial, supuesto que seamos hallados vestidos, no desnudos. Pues realmente, mientras moramos en nuestra tienda, gemimos oprimidos, por cuanto no queremos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida" (confróntese *II Pet.* 1, 13-14).

Cuando la Jerusalén celeste descienda sobre la tierra, toda la tierra se convertirá en la ciudad prometida por Dios, cuya llegada satisfará todos los anhelos del hombre; entonces se acabarán los dolores humanos, porque se habrá acabado la vida de peregrinación. Entonces se cumplirá lo que Isaías profetizó (40, 1-2): "Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; animad a Jerusalén y gritadle que se acabó su servidumbre y han sido expiados sus pecados."

La razón más profunda de que pase el dolor de toda la humanidad, su habitar en tiendas, es la unión con Dios. San Juan contempla esta unión bajo la imagen de la esposa (*Apoc.* 21, 2. 9). La ciudad que San Juan ve bajar del cielo a la tierra volando lentamente aparece en el *Apocalipsis* como la esposa del Cordero. El vidente recoge aquí un viejo símbolo que expresa la intimidad con que la humanidad se unirá a Dios al fin de los tiempos. Expresa la estructura personal de la ciudad. Le conviene una subjetividad transindividual. Véase vol. IV, § 170.

VII. *La ciudad como esposa.*

Según los Padres y la liturgia, la Iglesia es la Esposa de Cristo. Se la adquirió como esposa por su muerte. En la muerte se entregó

por ella (Cfr. también *Gal.* 2, 20; 1, 4; *I Tim.* 2, 6; *Tito* 2, 13; *Act.* 20, 28). Pero al ofrecer su vida por ella la regaló eterna vida imperecedera. Le concedió parte en su propia gloria. La Iglesia aceptó esta vida para protegerla y cuidarla. La entrega de Cristo a su esposa no es un proceso transitorio ocurrido una sola vez; jamás acaba porque jamás se cansa su amor que se regala a sí mismo. Vive siempre para su esposa, la alimenta con la fuerza de su palabra y, sobre todo, con su propia carne y sangre en la Eucaristía. (*Io* 6, 58; *Eph.* 4, 6; *I Thes.* 2, 7; *I Cor.* 10, 2). Cuando Cristo da a la Iglesia su carne y sangre en el modo de existencia eucarístico, se hace realmente con ella un solo cuerpo. La unidad entre Cristo y la Iglesia trasciende incluso la comunidad matrimonial entre varón y mujer por su intimidad, fuerza y duración. Pues aquí no se intercambia vida caduca, débil y mortal, sino vida imperecedera, indestructible y plena, pues se comunica la energía y plenitud de la vida divina. La unidad que corresponde a este intercambio de vida no está amenazada por muerte alguna ni por ningún aburrimiento. La vida de Dios se apodera con infinita energía de toda la Iglesia. Lo que significa la comunidad matrimonial, a saber, la unidad de varón y mujer, se realiza de modo perfecto en la unión de Cristo con la Iglesia, cierto que en otras formas, ya que las formas fisiológicas condicionan la deficiencia de la unificación, pero con una fuerza que supera todo lo terreno.

Mientras dure el eón actual, la gloria regalada por Cristo a su esposa, la Iglesia, permanece oculta por la figura caduca de la edad presente, por los pecados y errores de sus miembros; esa situación durará mientras el Esposo esté ausente. La Iglesia sabe que un día vendrá para llevarla a casa y anhela esa hora. Llena del Espíritu Santo clama la esposa—San Juan oye su grito—: “Ven” (*Apoc.* 22, 17). Cuando venga se celebrarán los eternos esponsales del Cordero, que adornará a su esposa de gloria y magnificencia, sin mancha ni arruga (*Eph.* 5, 27); es la gloria de su propia vida glorificada lo que le regalará. Bienaventurados los que están invitados al banquete nupcial del Cordero (*Apoc.* 19, 6-9).

San Juan ve como acontecimiento decisivo de la ciudad celeste el hecho de que no tenga ningún templo, ya que no lo necesita porque Dios está presente en todas partes. En la Jerusalén terrena, el templo era el centro de la vida. Ezequiel profetizó la reconstrucción del templo después de la primera destrucción de la ciudad (*Ez.* 40, 43). Pero lo describió bajo imágenes y símbolos que no tienen correlato en este mundo. Aluden, por encima de la historia, a una

época más allá de ella. El templo tendrá su verdadera y definitiva estructura después que acabe la historia. Pero no será un templo de madera o de piedra. Habrá todavía culto y un lugar de culto, pero ya no será un lugar escogido y entresacado de este mundo.

En la Jerusalén destruída, el templo y el tabernáculo eran los lugares de la presencia de Dios, del sacrificio y de la oración; su destino fué sellado como el de la ciudad y el del pueblo. Al caer la ciudad, el templo es condenado a la destrucción. Cristo había profetizado que de la construcción magnífica en que los judíos veían la garantía y signo de la benevolencia de Dios y de la consistencia de este mundo, no quedaría piedra sobre piedra (*Mc.* 13, 2). La destrucción del templo no fué un suceso casual. Al terminar la antigua Alianza no tenía ya ninguna razón de existir. Para el pueblo judío era una blasfemia toda alusión a la destrucción del templo; el diácono Esteban fué apedreado por predicar el fin del templo construído por Salomón (*Act.* 7, 48). Parece una continuación de las palabras de Cristo la advertencia de San Pablo a sus lectores: vosotros sois el templo de Dios (*I Cor.* 6, 19; 3, 16; *II Cor.* 6, 16). Ya no está en Jerusalén el verdadero templo de Dios, sino que lo que era el templo os ha sido confiado a vosotros, comunidad de creyentes. Por eso sois vosotros el verdadero templo.

VIII. *Sentido de la construcción de templos dentro de la historia.*

Después de la caída del templo viejotestamentario, también los que fueron reformados por Cristo en el Espíritu Santo para constituir una nueva comunidad, caracterizada por la presencia de Dios, construyeron por su parte una casa que iba a ser símbolo de su unión, lugar de su reunión, de su sacrificio y de su oración. Se puede entender este proceso de la manera siguiente: la comunidad de los hombres que creen en Cristo viven en este mundo, sienten la oposición en que están frente al mundo y la contradicción que el mundo levanta contra ellos. El mundo tiene que contradecirlos porque se cierra frente a Dios, se diviniza a sí mismo y cae así bajo el poder de los demonios. Los hombres que viven en su ateo orgullo arrastran las cosas a su propio ateísmo, de forma que manan en cierto modo ateísmo. En el mundo caído bajo el poder de los demonios, edifica la comunidad de los cristianos una casa en la que quieren servir a Dios. Elevan esta casa desde un espacio

sustraído al mundo, sustraído al ateísmo. Se expresa esto visiblemente en la consagración de los templos. Por la consagración del templo se sustrae al poder de los demonios un determinado espacio y es entregado a Dios. La liturgia de la consagración de los templos aparece como una acción que quiere arrebatarse a los poderes diabólicos un espacio en el que no imperen ya los dioses, sino que esté presente la gloria de Dios. Esta lucha contra los demonios se continúa más allá de la consagración del templo en toda la acción cultual que se desarrolla en el templo consagrado por medio de la proclamación de la palabra y de la administración de los sacramentos. Se ve con especial claridad cuando el templo es construído en un lugar en el que los hombres han servido y sacrificado a los dioses de su patria. También después de que los hombres han vuelto hacia Cristo, intentan los viejos dioses mantener su poder sobre las almas. Pero los cristianos deben liberarse cada vez con más intensidad del poder de los dioses o de los demonios. Símbolo de esto es la entrega del espacio visible del templo a Dios. La triple procesión alrededor y la aspersion con agua bendita aparecen como una lucha en la que se simboliza el esfuerzo por liberar al hombre de los poderes diabólicos. La triple procesión, la triple aspersion con agua bendita, la invocación de Dios, revelan una urgencia enorme y casi desesperada. Es como si la casa estuviera al borde de un abismo y éste amenazara devorarla de nuevo, apenas haya sido arrebatada a los poderes de la profundidad. Se necesita una fuerte energía para que la casa se asegure contra los embates de los demonios. Sus muros tienen que tener más solidez que la que pueden darles el mortero y la cal para que el contradictor no pueda entrar y caer sobre las almas de los orantes.

Los textos litúrgicos manifiestan este sentido de la consagración del templo con gran claridad. Después de cada procesión el obispo avanza hasta el umbral y dice con las palabras del salmo un poco reformadas: "Abrid vuestras puertas, abrid vuestras puertas eternas. Quiere entrar el rey de la gloria." El diácono pregunta: "¿Quién es el rey de la gloria?" La respuesta dice: "Es el Señor, fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la lucha." La tercera vez gritan todos: "Abrid, abrid, abrid." El obispo dibuja con su báculo el signo de la cruz sobre el umbral y dice: "Ved el signo de la Cruz, huyan todos los fantasmas del contradictor." Entonces el lugar se convierte en sitio sagrado en que Dios actúa sobre los hombres. El proceso se parece al acontecimiento que narra el AT: Se ha levantado el tabernáculo de la alianza. Entonces se dice: "La nube

cubrió el tabernáculo de la reunión y la gloria de Yavé llenó el habitáculo” (*Ex.* 40, 34). En este lugar se proclama ahora el evangelio y se celebra la memoria de la Pasión de Cristo. Es el lugar del sacrificio, pero también el campo de batalla del Espíritu Santo contra el espíritu del mundo. Desde este lugar debe ser incorporado el mundo egoísta, cada vez con más energía, a la vida de Cristo. Así, por ejemplo, las campanas bendecidas llenan con su sonido el campo sobre el que suenan y lo introducen en la obra salvadora de Cristo, que es actualizada en el lugar consagrado. Por la proclamación de la palabra y por la celebración del sacrificio de la cruz es instaurada la gloria de Dios y el mundo es conducido al Padre.

IX. *Ausencia de templos en la ciudad celestial.*

El sentido de los templos e iglesias—lugar de instauración del reino de Dios, entrega del mundo al Padre—se cumplirá definitivamente cuando venga Dios al fin de los tiempos. Desde aquella hora ya no serán necesarios más templos de madera o de piedra, ni lugares apartados del mundo, para que Dios sea servido y vencidos los demonios. La gloria de Dios estará entonces presente en toda la tierra y no sólo en este lugar o en el otro; y estará presente en su forma plena y revelada, no como antes, velada y ocultamente; ya no necesitará el testimonio de la palabra, porque todos le verán; ya no serán necesarias las conmemoraciones de la Pasión y Resurrección del Señor, porque el Señor mismo estará presente; no será necesario separar unos lugares de otros para consagrarlos a Dios, porque toda la tierra será espacio del reino de Dios para siempre (*I Cor.* 15, 24-28).

La adoración no cesará en aquella hora; símbolo de ella es el hecho de que San Juan ve un templo en el cielo nuevo y en la tierra nueva (*Apoc.* 6, 9; 7, 15; 9, 13; 11, 19; 14, 15. 17; 15, 5; 16, 1). Pero este templo no es una construcción de materiales creados, sino Dios mismo. La adoración pertenece al ser del hombre tan ineludiblemente que cuando no adora a Dios adora a los ídolos. El hombre es necesariamente adorador. Cuando deja de adorar se dedica a destruir su propio ser, porque entra en contradicción consigo mismo. Y viceversa: la adoración perfecciona su propio ser; en el mundo transfigurado alcanzará esa perfección su máxima intensidad. San Juan oye el eterno canto de alabanza de los celestiales (*Apoc.* 4, 8-11; 5, 11-14; 9, 1-6). Pero para eso no

se necesita ya ningún lugar especial apartado del mundo, porque Dios mismo estará presente en la Jerusalén nueva y los habitantes de ella podrán encontrarle y adorarle en todas partes.

Los hombres vivirán en comunidad de habitación con Dios. Vivirán tan cerca y estarán tan estrechamente unidos como los habitantes de una tienda. Trasciende la imaginación humana lo que dice San Juan: "Del mismo modo que los visitantes del templo terreno se mueven en el santuario, los habitantes de la ciudad celestial viven y se mueven en Dios" (*Apoc.* 17, 18; *I Cor.* 15, 28). Los hombres no necesitarán recogerse ante Dios ni necesitarán ir desde los distintos lugares para reunirse al Espíritu Santo ante la faz del Padre; estarán siempre reunidos en el Espíritu Santo ante el rostro de Dios.

La unión de Cristo y los cristianos y de los cristianos entre sí expresada, asegurada y profundizada continuamente en la comunidad eucarística, alcanzará entonces su perfección y plenitud. Ininterrumpidamente fluirá de sus corazones y de su espíritu la adoración a Dios.

Y Cristo seguirá siendo el camino hacia el Padre por toda la eternidad. En su muerte se entregó al Padre y le entregó el mundo representado y recapitulado en El. A este acto de ofrecimiento y entrega ha sido incorporada parte de la humanidad y del cosmos por la celebración eucarística y por el dolor; logra su sentido definitivo en el acto de entrega que Cristo realiza al fin de los tiempos (*I Cor.* 15, 21); en ese acto entrega al Padre todo el cosmos, cuya Cabeza es, y el movimiento de entrega alcanza su plenitud, aunque no por eso termina, porque Cristo lo realizará desde aquel momento con suma intensidad y para siempre. La comunidad de justos participará en ese acto, porque será incorporada a la entrega del Señor. La ciudad celestial vive así en continuo movimiento hacia Cristo en el Espíritu Santo y a través de Cristo hacia el Padre. Este movimiento hacia el Padre es esencial a la ciudad celestial y de él recibe su nombre. Así se entiende que Ezequiel profetice que el nombre de la ciudad futura será: Dios está aquí (*Ez.* 48, 35).

X. *Vida y alegría en la ciudad celestial.*

La presencia de Dios elimina la oposición que domina el eón presente, la oposición entre cielo y tierra, mundo de Dios y mundo de los hombres. Así será satisfecha la necesidad de Dios con que empezó la historia humana y la acompañó hasta su fin. Mientras

dura la historia, los paganos pueden reírse de los cristianos diciéndoles: ¿Dónde está vuestro Dios? (*Ps.* 73 [72], 11). Los creyentes no pueden contestar a esa pregunta diciendo que Dios se revela en tal o cual hecho histórico, ya que Dios permanecerá escondido mientras dure la historia humana. Ellos mismos tienen que preguntar: “¿Dónde está nuestro Dios?” (*Ps.* 42 [41], 11; 74-80). Pero ahora enmudece para siempre el grito de sarcasmo y el tormento de esa pregunta y dan paso al himno de alabanza con que los justos glorifican y dan gracias al Padre. San Juan oye voces poderosas que claman desde el cielo: “Ya llegó el reino de nuestro Dios y de su Cristo sobre el mundo, y reinará por los siglos de los siglos” (*Apoc.* 11, 15). Este himno es acogido por los veinticuatro ancianos, que representan a toda la humanidad: “Dámote gracias, Señor, Dios Todopoderoso, el que es, el que era, porque has cobrado tu gran poder y entrado en posesión de tu reino” (*Apoc.* 11, 17).

La presencia de Dios destierra el dolor de la ciudad celestial. La lejanía de Dios era la raíz de todas las miserias, lágrimas y dolores del hombre; al ser vencidas las lágrimas, se secan y se curan las heridas. El hambre y la sed del cuerpo y del alma serán satisfechos. Durante su vida terrena Cristo llamó a sí a los hambrientos y cansados (*Mt.* 11, 28; cfr. *Mt.* 5, 5). Rechazó a los satisfechos. El mismo se llamó pan de vida y prometió el agua de vida a los que creyeran en El (*Io.* 6; 4, 10-14). Mientras dure la historia, los hombres no podrán calmar su hambre y sed últimas. El anhelo de plenitud vital no será satisfecho en esta vida terrena. Incluso ese anhelo es una gracia (*Mt.* 5, 6; *Io.* 4, 10. 14; 7, 37-38; *Apoc.* 7, 17; 22, 17; *Is.* 12, 3). El hambre y la sed de vida serán calmadas para siempre en la ciudad celestial, y no porque los justos ya no tendrán alegría en el comer y beber, sino porque—así lo ve San Juan en la visión (*Apoc.* 21, 9; 22, 1-2)—podrán incorporarse ininterrumpidamente todo lo que es necesario a la plenitud de su vida. El vidente lo describe bajo el símbolo de continuo comer y beber.

La plenitud de vida significa, en particular, la liberación de la muerte y de la angustia de la muerte. Los justos han dejado detrás la angustia de la muerte; de ellos puede decirse, lo que dice San Juan: “Tomó la palabra uno de los ancianos, y me dijo: Estos vestidos de túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde vinieron? La respondí: Señor mío, eso tú lo sabes. Y me replicó: Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo, y el que está

sentado en el trono extiende sobre ellos su tabernáculo. Ya no tendrán hambre, ni tendrán ya sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno, porque el Cordero, que está en medio del trono, los apacentará y los guiará a las fuentes de aguas de vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos" (*Apoc.* 7, 13-17). La muerte es el enemigo más poderoso del hombre; es el pago del pecado (*Rom.* 6, 23; *cfr.* 5, 12). Es el último que abandona su poder, pero al fin también será aniquilado y los hombres nada tendrán que temer de ella (*I Cor.* 15, 26-27; *Apoc.* 20, 14). Entonces se cumple lo que profetizó Isaías (65, 16-25): "Todo el que en la tierra quiera bendecirse, se bendecirá en el Dios fiel. Todo el que en la tierra jure, jurará por el nombre del Dios verdadero; y las angustias pasadas se darán al olvido y estarán lejos de mis ojos. Porque voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado y ya no habrá de ello memoria. Sino que se gozará en gozo y alegría eterna de lo que voy a crear yo, porque voy a crear a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. Y será Jerusalén mi alegría, y su pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores. No habrá allí niño que muera de pocos días, ni viejo que no cumpla los suyos. Morir a los cien años será morir niño, y no llegar a los cien años será tenido por maldición. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que habite otro, no plantarán para que recoja otro. Porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, mis elegidos disfrutarán del trabajo de sus manos. No trabajarán en vano, ni parirán para una muerte prematura, sino que serán la progenie bendita de Yavé ellos y sus descendientes. Antes que ellos me llamen les responderé yo; todavía no habrán acabado de hablar y ya los habré escuchado. El lobo y el cordero pacerán juntos, el león, como el buey, comerá paja, y la serpiente comerá el polvo. No habrá mal ni aflicción en todo mi monte santo, dice Yavé."

Según este texto, en la ciudad celestial de Jerusalén no hay esfuerzo ni trabajo inútil, ni ley de caducidad, ni colisión de intereses. De modo parecido describe Isaías la vida futura en otro texto: "Y destruirá a la muerte para siempre, y enjugará el Señor las lágrimas de todos los rostros, y alejará el oprobio de su pueblo, lejos de toda la tierra" (25, 8). En la nueva Jerusalén reinará la alegría; traer la alegría era la tarea del Mesías (*Mt.* 25, 21-23; *Lc.* 4, 18; *Io.* 15, 11; 16, 20; 17, 13; *Rom.* 14, 17). Mientras dura la historia puede parecer que no se ha logrado. Pues la historia está llena de lamentaciones y tristezas. Pero la ciudad celeste de

Jerusalén revelará que la promesa de Cristo no era ilusión; en ella reinará la alegría de modo perfecto. Dice Isaías: “Vendrán a Sión cantando cantos triunfales, alegría eterna coronará sus frentes. Los llenará el gozo y la alegría y huirán las tristezas y los llantos.”

La consecuencia de la presencia de Dios en la Jerusalén celestial es la irradiación de una luz que lo ilumina todo. La gloria de Dios se representa a los habitantes de la ciudad como el más claro resplandor. No necesita, para que siga siendo día en ella, ni el sol ni la luna. Lo que es el sol para este mundo es Dios para la ciudad celeste. Sol y luna son metáforas de Dios. La luz terrena en sus diversos grados es símbolo de la gloria divina. Lo que ella significa y quiere esté realizado en Dios perfectamente. La luz terrena, incluso la más brillante, es sólo una sombra que proyecta la gloria de Dios. Dios es luz y no hay tiniebla alguna en El (*I Jo.* 1, 5).

La luminosidad de Dios se concentra en Cristo como en un foco. El es el portador de la luz y el que trae la luz. Metáfora de ello fué el hecho de dar vista a los ciegos (*Jo.* 9). El es la luz misma, la verdadera, auténtica, real y propia luz (*Jo.* 1, 7-9; 3, 19; 8, 12; véase la bendición de la luz el día de sábado santo). Toda luz terrena alude a El. En El se hizo presente la eterna luz de Dios dentro de la historia humana. Pero lució tan escondida que los hombres pudieron no verla. En la nueva Jerusalén celestial irrumpe con poder manifiesto desde su cuerpo glorificado. Su brillo ilumina la ciudad celeste. La luz que ilumina desde el Señor es distinta de toda luz terrena. Aunque ésta ilumine al mundo con tanta claridad, el mundo con su indigencia y sus pecados puede parecer, sin embargo, oscuro al hombre. En este sentido dice San Buenaventura que el mundo está lleno de noches. En el mismo sentido, en el drama de Claudel *El padre humillado*, pregunta el ciego pensamiento al deber que le va a abrir los ojos: “¿Puedes asegurarme que vale la pena abrir los ojos? ¿Puedo ver la justicia si los abro?” Aunque el sol parezca tan claro, no puede expulsar la noche de la injusticia y de la vulgaridad. La luz de Cristo no sólo ilumina de otra manera, sino que transforma el mundo de forma que en él no queda ya ni desgracia ni miseria. Por eso es la verdadera luz. Comparada con su fuerza luminosa, toda luz terrena es una turbia apariencia. La luz de Cristo no conoce puesta de sol. Por eso la ciudad celestial no conoce la noche, sino sólo un día eterno. Sus habitantes son transfigurados por la luz procedente de Cristo glorificado. Se hacen lu-

minosos. Se cumple lo prometido en *II Cor.* 3, 18: "Todos nosotros, a cara descubierta, contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor."

XI. *Los pueblos en la ciudad celeste.*

Los habitantes de la ciudad celestial constituyen una comunidad viviente. Los hombres han buscado siempre la unidad. Pero quisieron conseguirla por caminos torcidos, por sus propias fuerzas y prescindiendo de Dios. Por eso fueron dispersados por Dios al comienzo de la historia (*Gen.* 11). La formación de pueblos procede, por tanto, de la voluntad divina. Dios ha dado a cada pueblo una tarea terrena. Si no la acepta se revela contra Dios. Cristo, cabeza de la creación, ha redimido también a los pueblos. Lo mismo que todo el cosmos, también los pueblos han recibido una consagración y bendición de Cristo. Desde los pueblos, razas y naciones así bendecidos son llamados los hombres a formar la nueva comunidad formada por Cristo. También ella es llamada pueblo. Pero es pueblo de modo distinto de todos los pueblos de la tierra. A éstos les ha sido encargado configurar el mundo. Su tarea termina con el fin de la historia. Los pueblos no pueden dar la salvación. Nadie se hace feliz o desgraciado por el hecho de pertenecer a un pueblo. Cada uno anhela la salvación como perteneciente a un pueblo, pero no por pertenecer a él. La salvación debe ser predicada a todos los pueblos (*Isa.* 2, 4; 55, 4 y sigs.; *Mt.* 24, 9. 14; 25, 32; 28, 19; *Mc.* 11, 17; 13, 10; *Lc.* 21, 24; 23, 47; *Rom.* 15, 10; *Gal.* 3, 8; *Apoc.* 5, 9; 10, 11; 11, 9; 13, 7; 14, 6). La predicación entre los pueblos significa una llamada de Dios a los reyes, a los dirigentes y a los dirigidos. Los así llamados son situados ante la decisión de agotarse y perecer en la vida de su pueblo, es decir, en la vida de este mundo, o convertirse a Cristo por encima de este mundo. Los que se confían a Cristo son llamados desde la existencia intramundana y nacional, y sin perder la pertenencia a su pueblo ni sustraerse a sus tareas, a una comunidad formada por el cielo en la tierra, a la Iglesia, neotestamentario pueblo de Dios. Los pueblos no entran en la Iglesia en cuanto pueblos, sino en sus miembros convertidos. La Iglesia no es la comunidad de pueblos, idiomas, familias y naciones, sino de los creyentes de todos los pueblos, idiomas, familias y naciones. El pueblo de Dios así formado no tiene que con-

figurar lo terreno inmediatamente. Le incumbe la tarea de predicar el reino de Dios y servir así a la salvación.

Si a los pueblos les ha sido confiado el servicio histórico a la tierra, perderán su razón de existir tan pronto como se acabe la historia. No vivirán como tales en el futuro eón. Los pueblos no van en cuanto tales ni al cielo ni al infierno. Sin embargo, se puede hablar en algún sentido de su pervivencia. Perduran en la ciudad celestial aquellos de sus miembros que fueron recibidos en ella. Pues éstos tendrán para siempre el sello de la pertenencia a un determinado pueblo. Así habría que entender el hecho de que San Juan vea que los pueblos entran al fin de los tiempos en la ciudad celestial y llevan consigo su gloria. Lo valioso de sus características será para siempre conservado en la ciudad celeste, aunque de manera transformada (*Apoc.* 21, 24). Nada se perderá. Los pueblos se reunirán por medio de sus miembros salvados en un solo pueblo de Dios. Todas las tensiones y oposiciones serán desterradas de en medio de ellos para siempre. Sus características se estructurarán en una feliz armonía. En la forma cuadrada de la ciudad celeste se simboliza la armonía. Allí desaparecerán todos los privilegios de raza. Pues la comunidad de los habitantes de la ciudad no funda en la carne ni en la sangre, sino en el Espíritu Santo. Allí encontrarán su definitiva acogida las oraciones que la Iglesia hace la noche de Pascua. "Oh Dios, vemos de nuevo brillar tu anterior milagro en nuestro tiempo. Pues lo que diste con tu poderosa diestra a un pueblo liberándolo de los perseguidores egipcios lo obras para salvación de los pueblos por medio del agua del renacimiento; haz que todo el mundo entre con su plenitud en la filiación de Abraham y en la filiación de Israel." "Oh Dios, Tú has conducido a la pluralidad de los pueblos a alabar tu nombre y a la unidad: danos voluntad y poder de hacer lo que mandas, para que el pueblo llamado a la eternidad se haga uno con creyente disposición de ánimo y piadoso obrar." Véase la disertación de J. Eger en la Universidad de München: *Salus gentium. Eine patrist. Studie zur Volkstheologie des Ambrosius von Mailand* (1948).

XII. Grandeza y gloria de la ciudad celeste.

El número de los que forman esa comunidad es incalculable. Esto se expresa en la grandeza de la ciudad representada en dimensiones sobrehumanas. En la misma dirección apunta el número 144.000

(*Apoc.* 7, 4, 14, 1). Es el número de la perfección. "Contiene como factores el número perfecto de 12 al cuadrado y la cifra mil, que por sí sola y en sus múltiplos simboliza una gran cantidad; el ejército de los elegidos alcanza, por tanto, la perfección determinada por Dios" (Ed. Schick, *Die Apokalypse*, en *Das Neue Testament*, edit. por K. Staab [1952] 36). Sobre el simbolismo de los números del Apocalipsis. Cfr. J. Sauer, art. *Zahlensymbolik*, en *Les. f. Theol. u. Kirche X* (1938), 1025-30; A. Heller, *Biblische Zahlensymbolik*, Reutlingen, 1936; O. Rühle, en *Theol. Wörterb. zum NT I* (1933), 461-64; Jos. Freundorger, *Die Apokalypse des Apostels Johannes und die hellenistische Kosmologie und Astrologie*, Freiburg/Br., 1929.

La comunidad de la ciudad celestial está fundada sobre el fundamento de los profetas y de los apóstoles. Lo que prometieron los profetas en el AT y predicaron los apóstoles en el NT se cumple en ella.

La ciudad posee gloria y dignidad. Signos de ello son sus murallas. No las necesita para protección. San Juan contempla muchas veces las murallas porque en ellas está simbolizada la dignidad de la ciudad según la idea antigua. Los habitantes de la ciudad viven en plenitud y seguridad de vida. La plenitud se expresa en que todo lo que nos podemos imaginar de costoso y glorioso está incluido en ella. La seguridad de vida encuentra su expresión en el hecho de que sus guardianes son ángeles. Como una alegre comunidad festiva, caminan los pueblos por sus resplandecientes calles y plazas.

Habría que caracterizar como un fanatismo el hecho de que esperáramos de los esfuerzos humanos un paraíso futuro. Ciertamente que es esperado y prometido por todos los fanáticos y revolucionarios, pero tales esperanzas siempre resultan ilusiones. Tales promesas exigen siempre un precio demasiado alto. Sangre y sudor, desesperación y tormento son los caminos por los que los hombres tienen que pasar para llegar al paraíso terreno. El sabio no se deja engañar por los hombres. Sin embargo, espera un estado de paz definitiva, no como resultado de los esfuerzos humanos, sino como regalo de Dios. Las que El acaricia son esperanzas prudentes. Sólo porque tiene una garantía fidedigna de ellas, puede entregarse a ellas en este mundo, en que por todas partes imperan los signos de la muerte y de la catástrofe, que está lleno de melancolía y lágrimas.

Como si Dios tuviera preocupación de que tal imagen del futuro nos parezca increíble, a mitad de la descripción de la ciudad de Jerusalén se dirige inmediatamente al vidente con las palabras:

“Estas son las palabras fieles y verdaderas.” La promesa de Dios es tan cierta que San Juan ve ya su cumplimiento. Dios habla: “Ha ocurrido. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin.” Es como si Dios no pudiera darse por satisfecho asegurando que no se trata de vacía palabrería, sino de realidad. Al hombre que vive continuamente la muerte, el peligro y la indigencia, nunca se le puede meter en la conciencia con suficiente energía que estos poderes no durarán eternamente. Por eso Dios al final de la gran visión de la ciudad celestial hace que un ángel anuncie la verdad de lo que Juan ha contemplado y tiene que comunicar al mundo: “Y me dijo: Estas son las palabras fieles y verdaderas, y el Señor, Dios de los espíritus de los profetas, envió su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que están para suceder pronto” (*Apoc.* 22, 6). Véase Ed. Schick, *o. c.*, 94-102.

7. *¿Anhelan los bienaventurados la resurrección de los muertos y la plenitud en la comunidad?*

Una mirada a la doctrina de los Padres y de los teólogos medievales indica que se fijaron primero en la salvación social y sólo después en la individual. Surgió el problema de qué forma de vida convenía a los que se habían apartado ya de esta vida terrena, pero no participaban todavía de la resurrección de los muertos. Trataremos con más detenimiento esta cuestión en el § 302. Aquí sólo vamos a observar que la acentuación de la plenitud total en la época de los Padres y en parte también en la teología medieval tuvo como consecuencia ciertas inseguridades y dudas. Ciertamente que éstas fueron ya superadas plenamente en el siglo XIII, de tal forma que según Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura es completamente claro que el hombre participa de la vida de la bienaventuranza o de la condenación inmediatamente después de su muerte; de la vida de bienaventuranza, cuando ha sido plenamente purificado. Por eso es tanto más de extrañar que en la primera mitad del siglo XIV el Papa Juan XXII cayera en las viejas dudas. En dos sermones (1331 y 1332) explicó con insistencia que el hombre individual sólo consigue la bienaventuranza el día del juicio final, y que por tanto hasta entonces vive en un estado parecido al sueño. Juan XXII mantuvo también esta opinión en el Consistorio del 3 de enero de 1334. Véase Noël Valois, *Jacques Duese (Pape Jean XXII)*, en *Histoire littéraire de la France* (34), 551-617. Le Bachelet, *Benoît XII*, en *Dictionnaire de théologie catholique* 11 (1932), 677-93.

Esta opinión de Juan XXII era sin duda falsa, e incluso herética; sin embargo, era la conclusión, exagerada y por tanto injustificada, de una premisa mayor correcta. Al estudiar el destino de los individuos expondremos más exactamente y criticaremos la doctrina de Juan XXII. Dió ocasión a una declaración del magisterio oficial sobre el destino del individuo y representa, por tanto, un cambio en la explicación del problema escatológico. El Papa no defendió su opinión como definición oficial, sino que la enseñó como convencimiento personal y finalmente se convenció de otra opinión mejor: los individuos alcanzan la felicidad o la condenación antes del juicio final inmediatamente después de su muerte. Sigue siendo cierto, sin embargo, que la forma perfecta de la bienaventuranza, de cualquier modo que se explique, sólo se alcanza al resucitar los muertos y llegar la plenitud de la comunidad humana. Si es así, los bienaventurados en el cielo siguen teniendo alguna espera, un anhelo de la figura perfecta de la felicidad, pues no han alcanzado la figura plena de la bienaventuranza, pero viven con la seguridad de que la alcanzarán. Por otra parte, esta espera no puede ser llamada esperanza, pues a la esperanza pertenece, en caso de que la palabra se entienda en su verdadero sentido, el miedo de que no se puede alcanzar lo esperado. Sin embargo, los bienaventurados están ciertos de su cumplimiento. Su espera es, por tanto, alegre y animosa. Su anhelo es el anhelo del amor seguro de su cumplimiento. Tampoco se puede olvidar al juzgar este estado que los bienaventurados viven con la suprema intensidad. En tal estado desaparece el sentimiento del tiempo y de la duración. No se puede, por tanto, suponer que ven ante sí un largo futuro incalculable. Las ideas del tiempo en que nosotros vivimos les son ajenas. Sus existencia transcurre más allá de la línea temporal. Su vida no es ni temporal ni eterna. Tampoco se mueve en una línea media entre el tiempo y la eternidad. Les conviene un modo de existencia que no es ni el ahora estante de la eternidad ni el flujo continuo de nuestro tiempo. Es una vida de tipo especial. Tiene crecimiento, intensificación y enriquecimiento, pero no de un modo continuo, sino como a golpes. Trataremos de este problema más extensamente en el § 302.

El hecho de que también los bienaventurados del cielo tengan un anhelo, porque viven todavía en la anteplenitud y no en la plenitud definitiva, fué muchas veces tratado en la teología. Dice por ejemplo Orígenes en una larga explicación en su *Séptima homilía sobre el Levítico* (n. 2, Lubac, o. c., 368-73).

“Habló el Señor a Aarón: “No debéis beber vino ni bebidas embriagadoras, tú y tus hijos contigo, cuando os acercáis al tabernáculo de la alianza o camináis hacia el altar”... Quiere, por tanto, la divina Palabra que los sacerdotes sean sobrios en todo, porque se tienen que acercar al altar de Dios para rezar por el pueblo y expiar por los demás... Ahora bien, si nos preguntamos de cuántos modos puede embriagarse el sentido humano veremos que también beben los que se encuentran a sí mismos sobrios. La ira emborracha el alma. El furor la sobre-embriaga, si puede haber algo superior a la borrachera. La concupiscencia y la ambición no sólo emborrachan al hombre, sino que lo hacen rabioso. El deseo impuro obnubila el alma, como, al contrario, también los deseos santos la emborrachan, pero con aquella santa embriaguez de la que uno de los santos dijo: “¡Y tu embriagante cáliz, qué glorioso es!”...

“Nuestro Señor y Salvador es llamado por San Pablo Sumo Sacerdote de los bienes futuros. El mismo es, por tanto, Aarón, y sus hijos son los Apóstoles, a quienes El mismo dijo: “Hijitos míos, todavía estoy algún tiempo con vosotros.” ¿Y qué prescribe la Ley a Aarón y a sus hijos? No deben beber vino ni bebidas embriagadoras cuando se acercan al altar. Veamos cómo se puede aplicar a Nuestro Señor Jesucristo, que es el verdadero Apóstol. Primero hay que tener en cuenta cómo este verdadero Sumo Sacerdote y sus sacerdotes, antes de acercarse al altar beben vino, pero cuando empiezan a acercarse al altar y entran en el tabernáculo de la alianza se contienen del vino... Antes de sacrificarse, Cristo bebió vino en el tiempo de la historia sagrada terrena. Finalmente fué llamado comedor y bebedor, amigo de publicanos y pecadores; pero cuando se aproximaba el tiempo de su cruz y tenía que acercarse al altar donde quería ofrecer el sacrificio de su carne tomó, se dice, un cáliz, lo bendijo y lo dió a sus discípulos con las palabras: “Tomad y bebed. Vosotros—dijo El—podéis beber todavía, porque no estáis cerca del altar.” Pero El, como quien se acerca al altar, dijo: “En verdad os digo que no beberé del producto de esta viña hasta que no lo beba en el reino de mi Padre.”

“Si alguien de vosotros se acerca con oído puro contemplará un misterio inefable. ¿Qué significa cuando dice “no beberé más...?” Dijimos arriba que a los santos se les ha hecho la promesa de una santa embriaguez... Como hemos visto qué es la embriaguez de los Santos... dejadnos ahora ver de qué modo el Señor no bebe ya más vino hasta que beba de nuevo en el reino de Dios. Mi Salvador está triste también ahora por mis pecados. Mi Salvador no puede alegrarse mientras yo permanezca en la perdición. ¿Por qué no puede? Porque es abogado de nuestros pecados ante el Padre. Tal como dice su discípulo San Juan: “Si uno ha pecado, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo, y El mismo es el sacrificio expiatorio por nuestros pecados.” ¿Y cómo puede alegrarse y beber el vino de la alegría el que es abogado de mis pecados, si yo le entristezco con mis pecados? ¿Cómo puede el que se acerca al altar para expiar por mis pecados estar alegre, si continuamente sube hasta El la tristeza de mis pecados? “Beberé con vosotros—dice—en el reino de mi Padre.” Hasta que no obremos de forma que ascendamos al reino no puede beber el vino que prometió beber con nosotros. El está triste mientras nosotros perseveramos en el error. Pues si su Apóstol se entristecía por algunos que pecaron y no hicieron penitencia por su comportamiento, ¿qué debo decir del que es llamado Hijo del amor, que se enajenó a sí mismo por el amor que

nos tenía y no buscó lo que era suyo porque era igual a Dios, sino que buscó lo nuestro y por eso se enajenó? Quien buscó de esa manera lo nuestro ¿no va a buscar ahora lo que es nuestro, no va a pensar lo que es nuestro, no va a entristecerse por nuestro error y llorar por nuestra perdición y tribulación quien lloró sobre Jerusalén y dijo: "Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina congrega a sus polluelos y tú no quisiste"? Quien, por tanto, tomó sobre sí nuestras heridas y padeció por nosotros como un médico de las almas y de los cuerpos ¿no iba a volverse ya a preocupar de nuestras ulcerosas heridas?... Espera, por tanto, que nos convirtamos, que sigamos su ejemplo, que sigamos sus pisadas y que El se alegre con nosotros y beba con nosotros en el reino de su Padre... Nosotros somos, por tanto, quienes descuidando nuestra vida aplazamos su alegría. Nos espera para beber el producto de esta viña. ¿De qué viña? De la que El mismo era modelo: "Yo soy la viña, vosotros los sarmientos." Y así pudo decir también: "Mi sangre es verdaderamente una bebida y mi carne es verdaderamente un comida." Pues en verdad lavó su vestido en la sangre de los racimos. ¿Qué es eso, pues? Espera la alegría. ¿Para cuándo la espera? "Cuando haya cumplido su obra", dice. ¿Cuándo cumple la obra? Cuando me haya hecho a mí, el último y peor de todos los pecadores, perfecto, entonces habrá acabado su obra; pues ahora su obra está inacabada mientras yo sea imperfecto. Finalmente: mientras yo no me haya sometido al Padre, El mismo no será llamado sometido. No porque El mismo necesite someterse al Padre, sino que en consideración a mí, en quien no ha acabado todavía su obra, El mismo no será llamado sometido. Pues leemos: "Que nosotros somos el cuerpo de Cristo y sus miembros en parte." Consideremos qué significa "en parte". Estoy, por ejemplo, sometido a Dios según el espíritu, es decir, el propósito y voluntad, pero mientras la carne desee en mí contra el espíritu y el espíritu contra la carne y no pueda someter la carne al espíritu estoy ciertamente sometido a Dios, pero no del todo, sino en parte. Cuando pueda poner mi carne y todos mis miembros en concordancia con el espíritu estaré plenamente sometido. Ahora que has entendido qué significa "en parte" y qué es estar sometido totalmente, vuelve a lo que dijimos sobre el sometimiento del Señor y ve: como se dice de todos nosotros que somos su cuerpo y sus miembros, no se puede decir de él que esté plenamente sometido mientras algunos de nosotros no se hayan sometido completamente. Pero cuando haya cumplido su obra y haya llevado a todas sus criaturas al número perfecto de la plenitud, entonces será llamado sometido en los que El sometió al Padre, en los que cumplió la obra que el Padre le encargó, para que Dios sea todo en todas las cosas... Entonces habrá alegría y se alegrarán los huesos humillados y se cumplirá lo que está escrito: el dolor, la tristeza y las lamentaciones huyen. Pero no pasemos por alto tampoco que no sólo se dijo a Aarón: "No bebas vino", sino también a sus hijos, cuando se acercaban al santuario. Tampoco los Apóstoles han recibido todavía su alegría, sino que también esperan que les sea concedida. Pues tampoco los Santos apartados de aquí abajo reciben inmediatamente la plena recompensa de sus méritos, sino que nos esperan, aunque vacilemos, aunque permanezcamos perezosos. Pues no tiene la plena alegría mientras entristezcan y lamenten por nuestros errores y pecados. Tal vez no me creas. ¿Quién soy yo para decir una afirmación de tal importancia? Pero a favor de ello aduzco un testimonio del que no puedes dudar, el

testimonio del maestro de los pueblos en la fe y en la verdad, del Apóstol San Pablo. Después que, escribiendo a los hebreos, ha enumerado a todos los Santos Padres que se justificaron por la fe, añade: "Pero estos que tienen el testimonio de la fe todavía no han alcanzado la promesa, ya que Dios previó algo mejor para nosotros, para que no consiguieran la plenitud sin nosotros." ¿Ves, pues, que Abrahám espera todavía alcanzar la plenitud? También esperan Isaac y Jacob y todos los profetas nos esperan para, junto con nosotros, alcanzar la bienaventuranza perfecta. De ahí aquel misterio del juicio aplazado hasta el último día. Pues es un cuerpo el que espera la justificación, un cuerpo el que resucita para ser juzgado. Pues aunque son muchos miembros, sólo es un cuerpo; no puede decir el ojo a la mano: "No te necesito." Aunque el ojo esté sano y sea capaz de ver, ¿qué alegría tendría el ojo si le faltaran los demás miembros? ¿O qué clase de perfección tendría si no tuviera manos, si le faltaran los pies y no existieran los demás miembros? Pues hay una gloria destacada del ojo, sugerida, por ejemplo, en la visión del profeta Ezequiel, que dice: "Los huesos tienen que encontrarse con los huesos y los nervios con los nervios, y las venas y la piel tienen que estar cada una en su sitio... Pues cada uno de aquellos huesos estaba débil y padecía bajo la mano del poderoso. Pues les faltaba el nervio del amor, el tendón de la paciencia, las venas del espíritu de vida y la fuerza de la fe. Pero cuando llegó el que reúne lo disperso y juntó lo dispersado uniendo hueso a hueso y nervio a nervio, empezó a edificar el santo cuerpo de la Iglesia... Ve finalmente lo que añade el profeta: "Estos huesos—no dice todos los hombres, sino estos huesos—son la casa de Israel." Tendrás, por tanto, alegría si te apartas de este mundo como santo; pero tu alegría sólo será completa cuando no te falte ningún miembro. Tú esperarás, como has sido esperado. Pero si a ti, que eres un miembro, te parece no tener alegría completa mientras te falta un miembro, ¿cuánto más le tiene que parecer a nuestro Señor y Salvador, que es la Cabeza y autor de este cuerpo, la alegría no completa, cuando está privado todavía de alguno de los miembros de su cuerpo?... No quiere, pues, recibir su gloria completa sin ti, es decir, sin su pueblo, que es su cuerpo y sus miembros. Pues quiere vivir en este cuerpo de su Iglesia y en estos miembros de su cuerpo como alma para que todos mis movimientos y acciones procedan de su voluntad y se cumpla en nosotros las palabras: "Viviré y habitaré en ellos." Ahora, mientras no todos somos perfectos, sino todavía en pecado, está en nosotros "en parte" y por eso sabemos en parte y profetizamos en parte hasta que cada uno merezca alcanzar la medida que describe el Apóstol: "Vivo yo, pero no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí." En parte, pues, como dice el Apóstol, somos ahora miembros suyos y en parte somos huesos suyos. Pero cuando se junte hueso a hueso y nervio a nervio, en el sentido que hemos descrito arriba, Él dirá también sobre nosotros aquellas palabras proféticas: "Todos mis huesos dicen: Señor, ¿quién es igual a Ti? Pues entonces hablarán todos los huesos y alabarán y darán gracias a Dios."

San Bernardo de Claraval dice en el *Tercer sermón de la fiesta de Todos los Santos* (PL 183, 468-73; cfr. *De diligendo deo*, 29-33, PL 182, 992-95: "Muchos de los nuestros están ya en el pórtico sagrado y esperan a que el número de hermanos sea completo. Los

santos no entrarán en aquella bienaventurada casa sin nosotros, sin el pueblo que les pertenece.” Bossuet (*Elévations sur les mystères*, 18, 6) explica en el mismo sentido: “Jesucristo sólo estará completo cuando se cumpla el número de los santos.” Vamos a citar todavía un texto de Juliana de Norwich sobre la esencia espiritual de Jesús (*Offenbarungen der göttlichen Liebe*, cap. 13; edit. por O. Karrer, Paderborn, 1926, 87-89):

“Algún día tendrá fin la sed espiritual de Jesús. Este enorme anhelo de amor dura, por tanto, todavía y durará hasta que seamos testigos del último juicio; pues los elegidos, que serán la alegría y la dicha de Jesús por toda la eternidad, están en parte todavía aquí abajo, y después de nosotros vendrán otros todavía. Siente, por tanto, una ardiente sed de terneros a nosotros en sí, para ser feliz. Así, al menos, me parece a mí..., ya que Dios es la perfecta e infinita bienaventuranza que no puede ser ni aumentada ni perjudicada, pero por su humanidad ha querido padecer toda especie de dolores y la muerte... Actualmente, como Cabeza nuestra que ha sido glorificada, no puede padecer ya. Pero en su cuerpo místico no ha sido glorificado todavía perfectamente. Por eso siente siempre el anhelo y la sed que padeció en la Cruz y que, a mi parecer, presintió ya desde la eternidad. Y así será hasta que la última alma salvada haya entrado en la eterna bienaventuranza. Mientras estemos en necesidad durará en Jesús esta sed espiritual y nos arrastrará hacia su bienaventuranza.” (Véase U. Ranke-Heinemann, *Die innere Herrlichkeit der Kirche*, en “Der katholische Gedanke 12” (1957), 3945; Ant. Piolanti, *Il mistero della comunione dei Santi nella rivelazione e nella teologia*, Roma, 1957.)

APARTADO 2.º

CIELO NUEVO Y TIERRA NUEVA

1. *El hombre, señor de la creación*

La plenitud de la humanidad se manifiesta también en la plenitud de toda la creación. La razón de ello está en la relación de mundo humano y extrahumano. La vida del hombre es una vida en el mundo y con el mundo y está unido a él por numerosas y profundas relaciones. Fuera de él no puede encontrar ni alcanzar un punto de Arquímedes para sacarlo de quicio. Sin embargo, el hombre es cabeza y señor de la creación. Fué llamado por Dios a la existencia cuando ya habían sido creadas las demás cosas, las estrellas, las rocas, las plantas, los animales, la luz, el agua, la tie-

rra. Necesitaba todas estas cosas para existir. Por él y por amor a él fueron creadas todas ellas por Dios. Dios habló a los dos primeros hombres: "Procread y multiplicaos y henchid la tierra; sometedla, dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra" (*Gen.* 1, 28). Con estas palabras se entregó al hombre el dominio sobre la tierra. Debe considerar su dominio como un feudo de Dios y realizarlo sometido a Dios. Lo que Dios dice es a la vez indicativo e imperativo.

Una forma especial del dominio del hombre sobre la creación es el hecho de dar nombres. Se narra en el *Génesis*: "Y se dijo Yavé, Dios: No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda semejante a él. Y Yavé, Dios, trajo ante el hombre todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra, para que viese cómo los llamaría, y fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera. Y dió el hombre nombre a todos los ganados y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo" (*Gen.* 2, 18-20). En el hecho de poner nombres se expresa la unión del hombre con la naturaleza y su superioridad sobre ella. Dar nombre significa tanto como definir el ser. El hombre determina el ser de las cosas. Lo define válidamente. Lo define con sus palabras humanas, con su medida humana. Introduce su propia medida en las cosas y ella tiene validez para ellas. Al poner nombres crea orden entre las cosas. Al darles nombre determina su rango y su puesto en la eternidad. El mundo es confiado al hombre para que lo administre (*Lc.* 16, 1-13). Entre el hombre y el cosmos hay, por tanto, una estrecha relación. En la unidad total que surge entre él y la creación restante el hombre es el superior. Desde el punto de vista meramente cuantitativo, el fuego y el agua y el hierro son ciertamente más poderosos que el hombre. Pueden aniquilarlo. Pero en el hombre hay una fuerza que lo eleva sobre todas las cosas: el espíritu. Dice Pascal: "No tengo que buscar mi dignidad en lo espacial, sino en orden de mi pensamiento; poseer países no me servirá de nada. Por la magnitud espacial el universo es lo que me rodea y me devora como a un punto. Pero por el pensamiento soy yo quien lo abarca" (Vol. 2, § 127).

El hombre realiza su unión con el mundo y su puesto dominante en él de múltiples modos; por ejemplo, en la respiración, en el comer, en el vestido, en la vivienda, en el conocimiento, en la configuración artística y en el trabajo cultural de cualquier tipo. En todas las formas de su dominio sobre el mundo configura la tierra.

La profundidad de este proceso se expresa ya en el hecho de que el cosmos, tanto en el microcosmos como en el macrocosmos, se hace tanto más abigarrado y variado cuanto más se aproxima el hombre. Y a la inversa se hace tanto más monótono y uniforme cuanto más se aleja del hombre. En el universo hay distancias inimaginablemente grandes. Pero los acontecimientos cósmicos se mueven en un transcurso vacío y desolado. Donde el hombre no llega, impera el desierto y la soledad (Ph. Dessauer).

Este hecho significa que el hombre está en el centro del cosmos y a la vez es superior a todo el resto de la creación. La misma situación resulta del hecho de que la creación está abierta a las preguntas del hombre. El hombre hace a la creación las preguntas que ascienden de su propio ser. Lleva consigo su medida. Sólo cuando la creación está ordenada al hombre y lleva de algún modo la imagen del hombre en sí puede ser alcanzada por las cuestiones humanas y dar respuesta a ellas. En la misma dirección apunta una observación de la actual teoría del conocimiento. El conocimiento humano significa trato con el mundo, participación en su ser y en su vida. Los ensayos que la actual ciencia de la naturaleza ha hecho en los procesos atómicos aclaran esta importancia del conocimiento. Mientras que, según la concepción aristotélico-escolástica, el mundo se enfrenta como objeto al sujeto cognoscente, de forma que el hombre, en el proceso del conocimiento, no añade nada al ser de las cosas conocidas, mientras que, según Kant, el hombre imprime al ser desconocido de las cosas sus formas de intuición; según las concepciones de la actual ciencia de la naturaleza, el proceso del conocimiento ocurre cuando tanto el objeto como el sujeto contribuyen a la figura de lo conocido. Según la física atómica actual, los últimos elementos estructurales de la materia (ondas o partículas) se cambian cuando el hombre se dirige a ellos con sus aparatos de observación. El hombre sólo puede conocer la materia cambiada y configurada por el proceso de observación. El es, por tanto, quien da configuración al mundo material. Por esa actividad configuradora del hombre es ordenado el mundo. Si las cosas aparecieran a los ojos del hombre en su ser primitivo, despojadas de la forma que el hombre les da, darían la impresión de una complicación caótica. El mundo está, por tanto, creado de tal forma para el hombre, que puede recibir de él forma y orden. En esto se ve que el comportamiento del hombre tiene significación decisiva para el mundo.

Donde más claro se ve la ordenación recíproca de hombre y

naturaleza es en la relación del animal con el hombre. Por una parte, el hombre presiente en el animal una extrañeza y cerrazón inevitables. Tiene una posesión inaccesible para el hombre. Por otra parte, el animal está abierto al hombre, lo mismo que él está abierto al animal. Esta recíproca patencia es importante para ambos. Ante el animal, el hombre puede hacerse consciente de sí mismo al darse cuenta de su parentesco y de su diversidad. El placer del hombre en contemplar al animal significa que el hombre ve en el animal algo significativo para él. Los animales tienen análogo simbolismo para los hombres. El hombre debe contemplarlos para recordar su propio ser. No es indiferente el tipo de imágenes que el hombre tenga. Determinan y alimentan su vida. Cumplen esta función, aunque el hombre no sea claramente consciente de su sentido. Cuanto más grande sea el simbolismo de las imágenes que viven en su interior para su propia vida, tanto más fecunda será la actividad que desarrollen. Las imágenes que el hombre se apropia al contemplar a los animales tienen un efecto de especiales características. Ello ocurre aunque no se explique reflejamente en su espíritu el simbolismo de los animales. Cuando el animal tiene fuerza simbólica para él, al contemplarlo se apropia de imágenes que tienen su fecundidad inconscientemente y sin análisis racionales.

Más importante que para el hombre es para el animal esta relación recíproca. Lo mismo que el hombre recuerda su propio ser por medio del animal, el animal es llevado a su verdadera forma de ser por el hombre. Al encontrarse con el hombre se realizan las diversas y opuestas posibilidades del animal. Vamos a aclararlo con algunos ejemplos. Si un niño sin malicia entra sin miedo en la cañeta de un mastín y se echa a dormir, puede ocurrir que el perro no le haga daño alguno. El niño ha despertado las posibilidades buenas en el perro. Lo que puede sentir así, está contenido en el primitivo saber de Laotsé, sabio de la antigüedad china, que enseña: "Quien sabe dirigir bien su vida camina por el país y no necesita esquivar ni al tigre ni al rinoceronte... El rinoceronte no tiene en él dónde meter su cuerno; el tigre no tiene dónde hacer presa con sus garras..." Tal hombre no tiene sitios vulnerables ni mortales. El miedo es vulnerabilidad. El hombre puede, con su ser, poner al animal en buen orden con él. El ser del animal está abierto a este orden, no es para él una violencia extraña, es la plenitud última de la naturaleza animal. La misma comprensión de los animales encontramos entre los hindúes.

La contraprueba aparece en la siguiente narración: "Un buen

hombre se había empobrecido y vivía como guarda de una viña. Todas sus posesiones consistían en diez perros pastores con los que compartía su cabaña. Estaban pendientes de él y obedecían su palabra. Una noche se emborrachó hasta perder el sentido. Cuando al día siguiente no apareció en el servicio, se abrió su cabaña y fué encontrado muerto y destrozado por sus perros. El hombre borracho no era señor de los animales. Los animales no lo reconocieron. Bastó una falsa acción del borracho para excitar la animalidad, para despertar el instinto del animal. La posibilidad más general por que yacía en sus profundidades. La decisión estuvo en el hombre, no en el animal." El hombre se convierte en destino del animal (Ph. Dessauer).

Esto suele ocurrir no raras veces, como si el animal tuviera un oscuro presentimiento de estas relaciones, como si esperara del hombre su verdadero ser, como si pusiera en él ciertas indeterminadas esperanzas. Algo parecido parece estar en juego cuando el animal no sólo mira y observa al hombre, sino que lo examina. De esto se puede deducir que el animal no sólo ve en el hombre al cuidador que le da comida, sino otra cosa y mucho más. Así puede ocurrir que un animal cuando tiene que ser operado no deje acercarse a sí a ningún hombre. Pero cuando está presente su dueño, soporta paciente y sosegadamente cualquier dolor hasta que todo se acaba. Este ejemplo indica que el animal necesita de lo que el hombre hace.

2. *El hombre, destino de la creación*

Tales conocimientos nos dan un acceso a la comprensión del testimonio de la Escritura, según el cual el comportamiento del hombre tiene significación pancósmica, tanto en lo bueno como en lo malo.

Según la Sagrada Escritura, el pecado del hombre trasciende el marco de la historia universal. Obra destructoramente sobre toda la creación.

La maldición que Dios pronunció sobre el hombre cae también sobre la creación de la que él es rey. En el *Génesis* se cuenta (*Gen. 3, 14-19*): "Dijo luego Yavé, Dios, a la serpiente: Por haber hecho esto, maldita serás entre todos los ganados y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida. Pongo perpetua enemistad entre

ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le morderás a él el calcañal. A la mujer le dijo: multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Parirás con dolor los hijos y buscarás con ardor a tu marido, que te dominará. Al hombre le dijo: por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer, diciéndote: no comas de él, por ti será maldita la tierra, con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te dará espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan. Hasta que vuelvas a la tierra. Pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres y al polvo volverás.”

Según estas palabras, la caída del hombre significa una catástrofe para toda la vida de la creación. Con esto no se dice que antes del pecado del hombre hubiera imperado la libertad de la muerte y del dolor. Sólo el hombre tenía la promesa de no tener que morir. También para él debía terminar la forma de vida anterior al pecado y comenzar una nueva forma de vida celestial. Pero este fin no debía ocurrir como ahora nos ocurre en la muerte, sino en un proceso de transformación sin dolor. Sin embargo, no está revelado que el resto de la creación estuviera completamente libre de la muerte y del dolor. También en el estado anterior al pecado los animales tenían que vivir unos de otros y unos para otros. No se puede suponer que por el pecado padecieran los animales un cambio de estructura y se convirtieran, por ejemplo, de herbívoros en carnívoros. Es para nosotros un misterio impenetrable el aspecto de la vida antes del pecado para la creación no humana. Sin embargo, aunque la Escritura no atestigua para esa creación no humana la libertad del dolor y de la muerte, la rebelión del hombre contra Dios significa desgracia para toda la creación. En su apartamiento de Dios el hombre arrastró consigo a toda la creación unida con él. Se podría explicar este proceso de la manera siguiente: el cambio ocurrido por el pecado afecta primariamente al hombre, no a la naturaleza. La naturaleza produjo también antes del pecado cardos y espinas. Pero no eran cardos y espinas para el hombre. Sólo por el pecado se convirtieron en cardos y espinas para él. Por la rebelión contra Dios el hombre cayó en el egoísmo y obstinación. Su pecado era *a priori* egoísmo y orgullo. Estas actitudes son corroboradas continuamente por el apartamiento del hombre respecto a Dios. El egoísta y orgulloso no se dirige ya a la naturaleza del modo objetivo y lleno de amor que Dios había dispuesto, sino que en su administración del mundo es cómodo, caprichoso e inte-

ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le morderás a él el calcañal. A la mujer le dijo: multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Parirás con dolor los hijos y buscarás con ardor a tu marido, que te dominará. Al hombre le dijo: por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer, diciéndote: no comas de él, por ti será maldita la tierra, con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te dará espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan. Hasta que vuelvas a la tierra. Pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres y al polvo volverás.”

Según estas palabras, la caída del hombre significa una catástrofe para toda la vida de la creación. Con esto no se dice que antes del pecado del hombre hubiera imperado la libertad de la muerte y del dolor. Sólo el hombre tenía la promesa de no tener que morir. También para él debía terminar la forma de vida anterior al pecado y comenzar una nueva forma de vida celestial. Pero este fin no debía ocurrir como ahora nos ocurre en la muerte, sino en un proceso de transformación sin dolor. Sin embargo, no está revelado que el resto de la creación estuviera completamente libre de la muerte y del dolor. También en el estado anterior al pecado los animales tenían que vivir unos de otros y unos para otros. No se puede suponer que por el pecado padecieran los animales un cambio de estructura y se convirtieran, por ejemplo, de herbívoros en carnívoros. Es para nosotros un misterio impenetrable el aspecto de la vida antes del pecado para la creación no humana. Sin embargo, aunque la Escritura no atestigua para esa creación no humana la libertad del dolor y de la muerte, la rebelión del hombre contra Dios significa desgracia para toda la creación. En su apartamiento de Dios el hombre arrastró consigo a toda la creación unida con él. Se podría explicar este proceso de la manera siguiente: el cambio ocurrido por el pecado afecta primariamente al hombre, no a la naturaleza. La naturaleza produjo también antes del pecado cardos y espinas. Pero no eran cardos y espinas para el hombre. Sólo por el pecado se convirtieron en cardos y espinas para él. Por la rebelión contra Dios el hombre cayó en el egoísmo y obstinación. Su pecado era *a priori* egoísmo y orgullo. Estas actitudes son corroboradas continuamente por el apartamiento del hombre respecto a Dios. El egoísta y orgulloso no se dirige ya a la naturaleza del modo objetivo y lleno de amor que Dios había dispuesto, sino que en su administración del mundo es cómodo, caprichoso e inte-

resado. La naturaleza no recibe, por tanto, de él lo que necesita para prestarle el servicio que él a su vez necesita. La tierra, la realidad objetiva, fué creada por Dios para que sirviera al hombre. El sentido más íntimo de la materia es servicio al hombre. Pero supuesto que las cosas realicen su ser y cumplan las funciones que resultan de él, es decir, de que presten al hombre los justos servicios, es el recto comportamiento del hombre frente a la materia. Esto implica amor y objetividad a la vez. El amor a la creación está condicionado por el amor a Dios creador. Donde muere el último muere también el primero. Cuando el hombre administra la tierra no con celo, sino con pereza, cuando la trata no según las leyes que Dios le dió, sino según su capricho egoísta, ella no puede producir ni dar lo que según la voluntad de Dios debía producir y dar. Entonces nace el hambre y la falta de protección y de orientación. La tierra se manifiesta como enemiga del hombre. Sin embargo, es claro que la enemistad de la tierra contra el hombre está fundada en la enemistad del hombre contra la tierra. Cfr. vol. II, § 134. Por tanto, el apartamiento de Dios significa apartamiento de la alegría, de la vida, del orden, de la luz. Con el hombre cayó, por tanto, toda la creación en la tristeza, en la oscuridad, en el desorden, en la lucha y en la muerte. La muerte adquiere ahora otra profundidad y una gravedad antes no existente. Está unida a un tormento no existente en el paraíso. A menudo aparece, sobre todo si es prematura, como sin sentido y sin relación con la totalidad de la naturaleza. Los animales fueron expulsados, junto con el hombre, del paraíso. Dolor y muerte se convirtieron en suerte de la naturaleza. La caducidad, la vanidad, es el signo de la nueva situación del mundo. El orden del cosmos está entorpecido. La lluvia no llega ya oportunamente, el crecimiento se interrumpe, la tierra tiembla. Se lamenta de la crueldad y violencia que ocurren sobre ella. El canto de alabanza de la criatura es superado en fuerza por el grito de la tierra debido a la sangre que tiene que beber (*Gen.* 4, 10; *Iob* 38, 41; *Ps.* 146 [145], 9). Grita a Dios pidiendo ayuda y misericordia. Dios la oye. Oye los gritos del cuervo pequeño lo mismo que el grito de la sangre de Abel. La contradictoriedad introducida en la creación por el pecado del hombre se convierte, del modo que acabamos de describir, en enemistad contra el hombre mismo. La naturaleza ya no sirve al hombre, señor suyo, con entrega evidente, porque no lo ve ya como señor de modo evidente y auténtico. Está llena de resistencia contra su trabajo y con frecuencia lo condena al fracaso. El mundo está lleno de crueldad e

inquietud, lleno de perfidia y absurdos, lleno de mentiras y engaños. Los antiguos cuentos de los malos espíritus del bosque y del aire, que encantan y hacen daño a los hombres, manifiestan una oscura conciencia de esta primitiva fatalidad.

También Cristo ve en el estado de guerra entre el hombre y la creación, en las destrucciones del cosmos y en el crecimiento de la cizaña la obra del pecado humano (*Mt.* 13, 25-30; *Mc.* 4, 39).

Quien con más claridad ha descrito la relación entre el destino del cosmos y la decisión del hombre es el Apóstol San Pablo. Escribe a los Romanos (8, 18-22): “Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros; porque el continuo anhelo de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta, con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto.”

Cuando San Pablo dice “sabemos” alude a que la corrupción introducida en el cosmos por el pecado es un hecho bien conocido y reconocido. La criatura está sometida a un oscuro destino por una voluntad extraña, por la voluntad del hombre. El es el responsable. Lo ocurrido a la creación por el comportamiento pecador del hombre, es el destino de la caducidad. Esto no significa —ya lo hemos acentuado, pero hay que decirlo de nuevo para que se mantengan lejos del paraíso todas las ideas fantásticas— que antes del primer pecado no existiera la muerte en toda la creación de Dios. Sólo al hombre le fué prometida la libertad de la muerte, pero no al resto de la creación, que estaba, por tanto, sometida a la ley de la muerte. Pero la muerte tenía otra significación. Era el modo en que una cosa servía con evidente entrega a otra hasta la destrucción de su propio ser y vida. Por el pecado, en cambio, se introdujo en la creación la muerte, que es una imagen del pecado, que, por tanto, es absurda para el hombre superficial que no tiene en cuenta el pecado (*Rom.* 5, 12). Esta muerte impera en la naturaleza como una ley omnipresente. La caducidad es representativa para la creación. A cualquier parte que se mire se encuentra caducidad y corrupción. La creación ofrece el aspecto de la melancolía. También lo bello morirá (Schiller). La creación no puede representar simbólicamente la futura vida de gloria.

La creación, corrompida por el pecado, tiene que servir a la de-

bilidad y caducidad a consecuencia del pecado humano. No es imagen de la vida imperecedera ni es capaz de dar al hombre vida inmortal. Sólo puede producir vida mortal. En todas las obras humanas hechas con material del cosmos está metida la muerte. También las obras amenazadas de caducidad, y al fin continuamente presas de ella, tienen que ser robadas a la naturaleza con los esfuerzos del hombre. La naturaleza presta incluso su servicio mortal contra su voluntad. Por eso al hombre que mira hacia la naturaleza y vive en ella le sale desde todas partes al paso la nada que amenaza arrastrar de nuevo a su abismo las cosas creadas por Dios. Quien se abandona exclusivamente a la dirección de la naturaleza está, por tanto, en peligro de caer en el nihilismo. Algún día la creación se levantará por mandato de Dios contra los hombres y completará su servicio de muerte en la aniquilación a que será entregada por su ateísmo (Apoc. 6; 8; 9; 11; 15; 16). Sin embargo, el destino de muerte no es el destino definitivo de la naturaleza. Lo soporta con repugnancia y hace muchos esfuerzos para liberarse de él. Continuamente trata de alcanzar su figura definitiva. Todo su florecer y madurar, todos sus desarrollos en el transcurso de su propia historia son ensayos continuamente emprendidos de formar en sí el modo de ser que dé solución a la maldición que pesa sobre ella. Todas las empresas culturales humanas son también ensayos de la figura definitiva de la tierra. No pueden alcanzar en definitiva los que desearían alcanzar; sólo tienen significación transitoria, pero incluso así tienen gran importancia. Son imágenes de la figura del cosmos que Dios mismo creará. La tierra y todo esfuerzo por ella tienen, por tanto, carácter escatológico. Desde el momento de su creación, fué destinada la tierra a su plenitud como a su fin. Como la historia y el cosmos están orientados a esa figura de la tierra, ni el hombre ni la naturaleza pueden ahorrarse a pesar del continuo fracaso los intentos de dar a la creación su figura definitiva. Esto es lo que quiere decir San Pablo cuando habla de que la naturaleza gime por su salvación.

3. *Cristo y la plenitud de la naturaleza*

Sin embargo, aunque al hombre no le es posible liberarse por sus propias fuerzas de su perdición, tampoco la naturaleza logrará librarse de su caducidad por sus propias fuerzas. A pesar de todo, sus esfuerzos no son absurdos ni desesperados intentos. Tam-

bién a ella se le ha prometido que algún día logrará librarse de la caducidad, no como resultado de su evolución inmanente, sino como regalo de Dios. La creación será librada de la corrupción también por Cristo. San Pablo llama gemido a la ordenación hacia este estado. Del mismo modo que la naturaleza fué incorporada a la historia del pecado humano, también ha sido incorporada a la historia de la salvación humana. La criatura alcanzará su fin por medio del hombre. Cuando la historia humana alcance su meta, llegará a su fin también todo el mundo material. La relación entre el destino de la creación y la época de la salvación humana iniciada por Cristo se hace comprensible si pensamos que Cristo es el centro de la creación. Lo que antes dijimos de la significación del hombre en cuanto culminación de la obra creadora de Dios, logra su pleno sentido y su verdad completa, si consideramos a Cristo como compendio de todo lo humano. Si el hombre es cabeza y señor de la creación, ello vale de Cristo en el sentido más pleno.

Pues, en primer lugar, Cristo es el *logos* (*Io.* 1, 1 y sigs.), el Verbo eterno del Padre, por el que fué creado el mundo. La significación creadora y conservadora del *logos* implica dos cosas: primero, el *logos* es el poder creador por el que Dios llama al mundo a la existencia y lo conserva en ella. Es en cierto modo el poder existencial del cosmos. Además, en el *logos* están configuradas y compendiadas las ideas divinas sobre el mundo, de forma que el mundo es la manifestación del *logos*. El mundo está, por tanto, referido al *logos* en su esencia y en su existencia, en su ser y en su facticidad.

Sin embargo, la relación del mundo a Cristo tiene otro aspecto; le compete por haberse encarnado. San Pablo escribe a los Colosenses (1, 13-17): "El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados; que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fué creado por El y para El. El es antes que todo y todo subsiste en El." En la *Epístola a los Hebreos* se dice (1, 1-3): "Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo; y que siendo el esplendor de su gloria y la imagen de su sustancia, y El que con su pode-

rosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas" (cfr. H. Schlier, *Der Epheserbrief*, Düsseldorf, 1958).

Habría que interpretar estos textos de la manera siguiente: lo mismo si el Hijo de Dios sólo hubiera querido hacerse hombre en un mundo caído en pecado para redimirlo, que si hubiera querido hacerse hombre también en un mundo que no conociera el pecado, la encarnación sería de todas las formas la coronación de todas las obras de Dios, porque Dios, en el orden real, quiso la encarnación de su Hijo desde la eternidad. Muchas palabras habló Dios al mundo. La encarnación es la última y más luminosa palabra que ha pronunciado dentro de la historia humana y de todo el cosmos. Todas las palabras anteriores que el Padre había dicho en la revelación natural o sobrenatural, fueron recapituladas y explicadas en Cristo como en un epílogo. Todas fueron habladas por esta palabra final. Todas las anteriores palabras fueron pronunciadas en el mundo por el Padre y a través del Hijo en el Espíritu Santo. Como todas estaban orientadas a la palabra final, no habrían sido pronunciadas si esta palabra final hubiera quedado callada. Todas las cosas y también nosotros tenemos la existencia por Nuestro Señor Jesucristo y para El (*I Cor.* 8, 6). El hecho de que existamos tiene su razón en Cristo porque nosotros existimos como los llamados por Cristo a la salvación y santificación. Por El y para El existe todo el cosmos. Scheeben ve bien estas relaciones cuando dice: "Como el sol en medio de los planetas, así está Cristo en medio de las criaturas como corazón de la creación, del que fluyen luz, vida y movimiento a todos los miembros del mismo, y hacia el que gravitan todos, para descansar en Dios en El y por El. A primera vista y en la vida práctica vemos el sol como una fuente de energía para bien de la tierra, y también solemos comprender a Cristo como liberador y auxiliador enviado por Dios, como nuestro Jesús de quien tenemos que esperar todas las cosas. Pero lo mismo que a lo largo del tiempo la ciencia ha demostrado que no es la tierra la que atrae al sol, sino el sol a la tierra, la teología científica tiene que penetrar para comprender a Cristo en toda su significación hasta considerarlo como centro de gravedad de todo el orden del universo" (*Die Mysterien des Christentums*, edit. por Josef Höfer, Freiburg, 1941, 371).

En el mismo sentido llama San Pablo a Cristo segundo Adán (*I Cor.* 15, 45). Lo mismo que la vida del primer Adán fué decisiva para el destino de la creación, lo fué también la vida del se-

gundo Adán. La rebelión del primer Adán fué una catástrofe para el cosmos y la obediencia del segundo iba a traer salvación al universo. Cristo tuvo significación no sólo panhistórica, sino también pancósmica. Cristo pone un nuevo comienzo a la humanidad y al cosmos.

Este nuevo comienzo fué fundado por El sobre todo con su muerte y su resurrección. Por la muerte y resurrección fué transformada la creación de Dios. Del mismo modo que la creación tuvo que tomar parte en la perdición del hombre causada por el pecado, pudo tener parte en el nuevo modo de existencia creado por la muerte y resurrección. La nueva situación del mundo está, por tanto, caracterizada por la muerte y la resurrección. Estos dos acontecimientos sellan todos los sucesos del mundo.

Por una parte, por la caída de Cristo ocurrida en la muerte se confirma la caducidad del mundo en grado sumo. Si el mismo Hijo de Dios entrado en la historia humana, y que en su núcleo personal más íntimo no tenía ninguna parte en la muerte, se sometió al destino de muerte en la naturaleza humana asumida por El, que estaba formada de la materia de la tierra caída en maldición, la creación no puede tener ninguna esperanza de sustraerse al destino de la muerte. Por la Cruz fué confirmado de nuevo su destino de muerte, que reveló en la Cruz de Cristo su última validez y su ineludible seriedad. Desde la Cruz de Cristo se subraya la caducidad del mundo. Desde que fué levantada en el mundo la Cruz de Cristo, la caducidad del mundo se manifiesta como propiedad esencial mucho más aún que antes. La Cruz de Cristo es el centro del mundo que atrae hacia sí a todo el cosmos parte a parte. Expresión de esta situación son todas las catástrofes. En la destrucción de ciudades y casas, en la catástrofe de países y reinos se revela continuamente que el cosmos está bajo la ley de la Cruz. El moribundo cuerpo de Cristo se dibuja en la destrucción a que han sido condenadas las cosas de este mundo. La Cruz de Cristo confirma, por tanto, con claridad definitiva, que todos los intentos del cosmos para alcanzar su figura definitiva con sus fuerzas inmanentes tienen que estar en definitiva condenados al fracaso. El cosmos existe en estado de decadencia. Es una realidad en demolición.

Sin embargo, lo mismo que la muerte de Cristo fué para El un paso hacia la vida imperecedera, cualquier caída y destrucción en el cosmos es también un paso hacia una nueva forma de existencia. Porque el cosmos participa en la muerte de Cristo y participa también, por ser Cristo su cabeza, en la vida gloriosa de Cristo. Esta

participación ocurrirá en su forma definitiva en el futuro, en el nuevo eón desarrollado al fin de la historia. Entonces alcanzará el cosmos su modo de existencia definitiva intentado por él mismo en esfuerzos siempre repetidos, pero fracasados. Lo llamamos cielo nuevo y tierra nueva.

Esta forma de existencia definitiva dada por Dios al fin de los tiempos le ha sido infundida al cosmos ocultamente desde el momento de la resurrección de Cristo. Al cosmos le han sido dadas, en cierto modo, fuerzas de resurrección. Está traspasado por la vida gloriosa de Cristo. Los Padres de la Iglesia expresan a veces la idea de que en la resurrección de Cristo resucitaron no sólo los hombres, sino también las cosas e incluso todo el cosmos, es decir, que la caducidad y la muerte fueron superadas desde la raíz. Dice por ejemplo San Ambrosio: "En El (Cristo) resucitó el mundo, en El resucitó el cielo, en El resucitó la tierra" (*De excessu fratris Satyri* I. II = *De fide resurrectionis*). Por Cristo se hizo una nueva creación (*II Cor.* 5, 17; *Gal.* 6, 15). El es el primogénito de la creación (*Col.* 1, 15).

Las fuerzas de resurrección y transformación infundidas en el mundo desarrollan actividad viva desde la venida del Espíritu Santo. Con el Espíritu Santo, que es el aliento amoroso que va del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, se hizo presente en la comunidad de los cristianos, y, a través de ella en todo el cosmos, el amor creador que flotaba sobre las aguas al comienzo de la creación y configuró el caos en cosmos (*Gen.* 1, 2), que formó el cuerpo del logos encarnado, que lo consagró para el sacrificio de la Cruz, que lo resucitó de entre los muertos y le dió vida gloriosa y mortal. El Espíritu Santo apareció en todos estos procesos como fuerza vital inagotable y todopoderosa y como poder ordenador. Cuando el Padre lo hizo descender sobre el cuerpo muerto de Cristo, éste revivió y fué penetrado por el Espíritu divino de forma que alcanzó existencia inmortal. De la naturaleza humana glorificada del Señor fluye el Espíritu, según la voluntad del Padre el día de Pentecostés, hasta la tierra para transformarla a imagen del resucitado. Desde entonces actúa el Espíritu Santo, el Espíritu del amor, de la vida y de la alegría, en la configuración de la tierra. En la liturgia es comparado al fuego. Su actividad tiende de hecho a abrasar en el fuego de su amor las actuales formas del mundo en que se revelan la caducidad, la insuficiencia, la indigencia del mundo, a la que inhieren las lágrimas y gemidos de los hombres, y a crear una existencia de inmortalidad y alegría; el Espíritu Santo hace muchos

intentos para crear esta nueva forma de existencia antes de darle su figura definitiva. La palabra de la predicación, en la que hace oír el amor de Dios, los signos de los sacramentos, en los que se hace visible su amor son comienzos continuamente repetidos. Incluso de cualquier ensayo consentido de configurar el mundo, desde la transformación de la materia en comida humana hasta las obras supremas del arte, podemos decir que están de algún modo bajo la influencia transformadora del Espíritu Santo. En todas estas configuraciones y figuras actúa con diverso poder el Espíritu Santo, que dará al mundo su figura definitiva cuando suene la hora determinada por el Padre. Entonces al golpe de su verdad y de su amor perderá el mundo su figura actual y alcanzará la figura nueva pensada desde el principio, anhelada a través de los siglos y emprendida repetidas veces, aunque no lograda. Estará caracterizada por el hecho de ser causada por el Espíritu Santo, espíritu de amor y de alegría. La figura y orden definitivos del mundo serán por tanto una figura y un orden del amor. En ellos imperarán el amor y la verdad. Será por tanto lugar y manifestación del pleno reino de Dios.

La transformación de la creación fué profetizada en el AT. En Isaías (65, 17) se dice: "Porque voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado y ya no habrá de ello memoria." "Porque así como subsistirán ante mí los cielos nuevos y la tierra nueva que voy a crear, dice Yavé, así subsistirá vuestra progenie y vuestro nombre" (*Is.* 66, 22).

El nuevo estado del mundo iniciado por Cristo fué simbolizado, como antes dijimos, por algunos sucesos de su vida terrena. Cuando convirtió el agua en vino, o con unos pocos panes calmó el hambre de millares, o apaciguó la tormenta, o caminó sobre el mar, o hizo caer la presa en las redes de los discípulos en la pesca milagrosa, se trataba de signos expresos del estado en que el mundo ya no será opuesto al hombre, sino que se entregará servicial a él como a su señor. Lo que hizo Cristo durante su vida terrena en algunos lugares de la tierra, lo hizo radicalmente para todo el cosmos en su muerte y en su resurrección, aunque al principio solo ocultamente. Pero la transformación oculta del mundo se hará algún día visible. Se revelará al fin de la historia cuando todo el mundo se transforme. Actúa ya en la figura del mundo del eón presente cuantas veces se realiza un sacramento, sobre todo en la Eucaristía. La transformación que ocurre en ella anticipa en cierto modo la futura transformación universal. La transformación implica la caída de todas

las formas actuales de existencia de este mundo. En esta catástrofe final se compendian todas las desgracias y catástrofes particulares del eón presente. En la transformación de la creación a ella unida se resumen también todas las transformaciones parciales anteriores y son llevadas a su fin último.

Cuando Cristo profetiza en su discurso del juicio la catástrofe final, promete a la vez un cielo nuevo y una tierra nueva. La relación entre la caída y la nueva configuración se expresa claramente en la segunda *Epístola de San Pedro*. En ella se dice (3, 10-13): "Pero vendrá el día del Señor como ladrón, y en él pasarán con estrépito los cielos, y los elementos, abrasados, se disolverán, y asimismo la tierra con las obras que en ella hay. Pues si todo de este modo ha de disolverse, ¿cuáles debéis ser vosotros en vuestra santa conversación y en vuestra piedad, en la expectación de la llegada del día de Dios, cuando los cielos, abrasados, se disolverán y los elementos en llamas se derretirán? Pero nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tiene su morada la justicia." Según el *Apocalipsis* de San Juan, el cielo y la tierra huyen (*Apoc.* 20, 11). Huyen al abismo, que para ellos es una caída creadora. Su actual forma de existencia desaparece de forma que San Juan no puede verlos ya en el nuevo eón. Desaparece todo lo que pertenece al actual modo de existir del cielo y de la tierra. Cuando San Juan usa las palabras cielo nuevo y tierra nueva, significa con ello toda la creación. La creación causada por la acción de Dios, según el primer capítulo del *Génesis*, serán transformadas al final de la Historia. Cielo y tierra tienden, desde el primer momento de su existencia, hacia ese estado definitivo. A través de todos los acontecimientos de la historia, a través de todos los sucesos del mundo, la creación camina desde su primera hora hacia esa figura final. Será alcanzada cuando Cristo vuelva a entregar al Padre la creación que se la había huído en cierto modo por el pecado del hombre. Al final de los tiempos Cristo volverá a poner en manos del Padre el mundo, que es su propiedad y herencia. Durante su vida terrena, durante todo el transcurso de la historia humana se entregó a sí mismo y por tanto el mundo unido y perteneciente a El, al Padre. Esta entrega alcanza su plenitud cuando El sale de su ocultamiento y cumple su propia obra (*I Cor.* 15; 24-28).

Dentro de la historia Cristo cumple su función transformadora del mundo por medio de los hombres, sobre todo por medio de los hombres unidos a El en la fe, esperanza y caridad. Todo lo que los hombres hacen por la configuración del mundo con esfuerzo y

amor, sea en lo político, en lo económico, en lo social, en lo científico o cultural, es, según su sentido último, acción de Cristo por medio de los hombres. Sólo está en contradicción con la actividad de Cristo lo que se omite por pereza o se echa a perder con odio y orgullo. Ciertamente que los esfuerzos transfiguradores del hombre no pueden producir jamás la figura definitiva; sólo puede hacerlo Dios creador; pero tales esfuerzos tienen significación precursora. No desaparecerán en el cielo nuevo y en la tierra nueva, sino que allí serán sublimados en el doble sentido de que pasará sus formas intrahistóricas y de que entrará en la figura definitiva del mundo un contenido permanente. El cielo nuevo y la tierra nueva son por tanto sellados por los esfuerzos humanos a favor de la creación, y ello en doble sentido: por una parte, el contenido objetivo de lo creado por el hombre pervivirá por toda la eternidad en el cielo nuevo y tierra nueva con figuras apropiadas; además, el nuevo cielo y la tierra nueva resplandecerán del amor que el hombre dedicó a la creación. Todo lo que el hombre hace dentro de la historia tiene, por tanto, un aspecto perecedero y temporal y otro inmortal. De nuevo se ve aquí que el mundo es escatológico tanto en sus figuras objetivas como en los esfuerzos humanos subjetivos en él ocurridos. Todo lo que nace en la creación y todo lo hecho por el hombre tiene carácter escatológico.

4. *Transfiguración de la creación*

Mediante la entrega del mundo al Padre éste alcanza la forma de existencia que Cristo alcanzó como modelo en su glorificación, la forma de existencia de la transfiguración. Se puede caracterizar de modo semejante a como es caracterizado el cuerpo glorificado de Cristo o los cuerpos de los resucitados. Isidoro de Sevilla (*De ordine creaturarum*, Cap. 11, n.º 6; *PL* 83, 943) explica: "Para los nuevos cuerpos será creada una tierra nueva, es decir, el ser de nuestra tierra será transformado; pasará a un estado espiritual y después no estará sometida a cambio alguno." El mundo así transformado tendrá persistencia, fuerza y belleza. Será configurado a imagen del cuerpo glorificado de Cristo. El cuerpo de Cristo sella toda la creación. Como antes hemos visto, el mundo lleva la imagen del hombre. Si Cristo resume y eleva lo humano, la mirada de hombre que nos contempla desde el mundo se convierte en mirada de Cristo. Sin embargo, mientras dura la historia terrena sólo es perceptible para

los creyentes. Cuando el mundo tenga su modo definitivo de existencia, la mirada de Cristo glorificado acuñará todo el cosmos de forma que pueda ser vista por todos los habitantes de la nueva Jerusalén celestial. Como el cuerpo glorificado de Cristo está penetrado de la luz y fuego de la verdad y del amor al Padre, el cosmos configurado a su imagen estará también lleno de la luz y fuego de la verdad y amor del Padre. De todas las partes del mundo glorificado saldrá al encuentro la mirada de la verdad y amor personales. Dios será todo en todas las cosas (*I Cor.* 15, 28). El mundo glorificado no carecerá, como hemos visto, de los valores que le pertenecieron en otro tiempo. Es atestiguado por el *Apocalipsis* de San Juan. Esto significa el hecho de que sean conservados en el cielo nuevo y en la tierra nueva todos los tesoros del Poderoso (*Apoc.* 21, 24). Se expresa esto especialmente en la metáfora de las piedras preciosas de las que está edificada la futura ciudad celestial. Aunque, como hemos visto, la visión de la Jerusalén celeste tiene que ser primariamente referida a la nueva humanidad, también debe ser entendida del cielo y de la tierra transformados.

La fe en el cielo nuevo y en la tierra nueva es una confesión de la máxima dignidad de la materia. La materia será puesta algún día en un estado capaz de dar expresión no sólo al espíritu humano, sino también al espíritu divino. Esto será lo que le dé su máxima dignidad y belleza. Quien espera a este estado del cosmos puede rezar: Que pase la figura de este mundo (*Apoc.* 21, 1). En boca de quien tiene tal esperanza tal oración no es una palabra de desprecio al mundo, sino del amor más íntimo y poderoso al mundo. Quien reza así conoce un orden en el que el mundo está libre del peso de la caducidad y existe en pura perfección. Comparada con tal esperanza, la concepción materialista del mundo, que no conoce más que la materia y sus leyes, se manifiesta como una desesperada visión del mundo. Aunque el hombre que piensa así del mundo se entregue a él con todas las fibras de su corazón, no logrará liberar al mundo y a su propia vida del poder omnipotente de la muerte. En definitiva, ha apostado por nada. Pero también la huída espiritualista del mundo está en contradicción con la esperanza del cristiano, ya que ésta se refiere a la corporalidad. La salvación en que cree el cristiano es, en su última figura todoabarcadora, el cielo y la tierra transfigurados, sobre los que se reúne la humanidad salvada en torno a Cristo glorificado y canta al Padre en el Espíritu Santo su eterno himno de alabanza y de acción de gracias. Aparte de éste no hay ningún otro camino. El tiempo se detendrá. El mun-

do y la historia habrán llegado para siempre y definitivamente a su meta.

Este estado del mundo no significa un reposo eterno del que haya que temer hastío y aburrimiento. Pues la luz y fuego de Dios fluyen en eterna corriente por todas las venas de la naturaleza hasta los hombres glorificados. Estos acogen en sí el esplendor y la gloria de Dios en un proceso continuado. En el cielo nuevo y en la tierra nueva hay por tanto un continuo acontecer de la máxima intensidad. Como la fuerza del esplendor y fuego divinos tienen una intensidad ante la cual todos los acontecimientos del mundo, incluso los astronómicos, no son más que lejanos rumores, el dinamismo futuro del mundo que se nos ha prometido trasciende todas las imágenes que podemos tener por la experiencia. Podemos suponer que la luz y fuego divinos traspasarán con más intensidad cada vez la creación transformada, de forma que la humanidad que vive en tal creación pueda comer y beber cada vez con más claridad y energía la misma gloria de Dios que se manifiesta en el mundo transformado.

Entonces alcanzará su máxima plenitud el sentido de todas las obras de Dios. Mientras que en el presente eón el mundo vela muchas veces la gloria de Dios, entonces brillará por el esplendor de esa gloria. Será un perfecto espejo de Dios y la forma máxima de la revelación divina. Entonces alcanzará su plena validez el valor que Dios concedió a la obra de su creación. La creación se revelará como buena e incluso como muy buena (*Gen.* 1, 1-26).

Este estado será la forma final del reino de Dios, si el reino de Dios consiste en la imposición de su señorío en este mundo, el cielo nuevo y la tierra nueva son la máxima realización de tal reino dentro de las posibilidades de la creación. Ciertamente que tampoco el cielo nuevo y la tierra nueva serán representación exhaustiva de la gloria de Dios; es imposible para la criatura; expresar la gloria de Dios Padre exhaustivamente sólo le es posible al Hijo, porque tiene el mismo ser y vida que el Padre. Pero la creación transformada expresa la gloria de Dios del modo supremo concedido por Dios a las criaturas. El cielo nuevo y la tierra nueva se integran así en un cántico todoabarcador de alabanza a Dios.

Schell describe así la vida del futuro eón: "Cuando haya entrado el número perfecto de los elegidos en la contemplación de Dios; cuando el cuerpo de Cristo haya alcanzado la edad perfecta de la Cabeza; cuando la naturaleza transformada se haya desposado con el Espíritu lleno de Dios en viva alianza de paz y para toda la

eternidad; cuando la muerte y el pecado hayan sido vencidos y Dios sea todo en todas las cosas, toda la comunidad de los bienaventurados ángeles y hombres, del mundo de los espíritus y de los cuerpos, cantará unánime y llena de animación, inflamada de Dios, el salmo de acción de gracias en que toda virtud, todo mérito y todo carácter es un acorde; todo talento, todo arte y toda ciencia, una palabra; todo estado, todo destino, todo orden, un sonido; todo pueblo, toda época y todo el mundo, un tono: y todos juntos un canto animado de alabanza en honor del misericordioso, que sale al encuentro desde el pasado y el futuro al asombrado espíritu, un canto de alabanza tan potente como el mundo de Dios, tan rico como el tiempo y la eternidad, y tan íntimo como el amor divino: un salmo en el que la Palabra infinita resuena con el fuego y energía del Espíritu Santo de cielo a cielo, de generación en generación, de eternidad en eternidad (Apoc. 4, 8). Santo, Santo, Santo, es Dios el Señor, Todopoderoso que existía, que existe y que viene. Aleluya.”

El carácter cristológico de la plenitud total de la creación se hace especialmente comprensible si se acepta la tesis del proyecto fundamentalmente cristológico de la creación. Ciertamente que también se puede explicar si se ve en pecado humano la razón de la encarnación del logos. Sin embargo, se eleva sobre todos los abusos de la libertad humana al ser considerado como un elemento del eterno plan divino de la creación. En este caso la evolución del cosmos y de la historia se mueve *a priori* y en todas las circunstancias hacia Cristo. El movimiento ocurrido en la más amplia abundancia de figuras se estrecha y se concentra a través de los milenios cada vez más en un único punto de relación: en el Logos encarnado. El fundamento ontológico-real del plan divino sobre la historia y la salvación es la relación material que Cristo tiene con toda la humanidad debido a su naturaleza humana. Pues sólo hay materia corporal humana de relación físico-orgánica con Adán, que es el primer hombre. La evolución ocurrida antes de su evolución es un prólogo y preparación para el nacimiento del hombre, sea que su procedencia del reino animal se suponga como muy probable o no. La evolución total que converge en el Cristo histórico se divide desde El en cierto modo por grados y penetra por toda la anchura del cosmos y de la historia para alcanzar toda la realidad, a fin de que ésta sea configurada a imagen de Cristo resucitado.